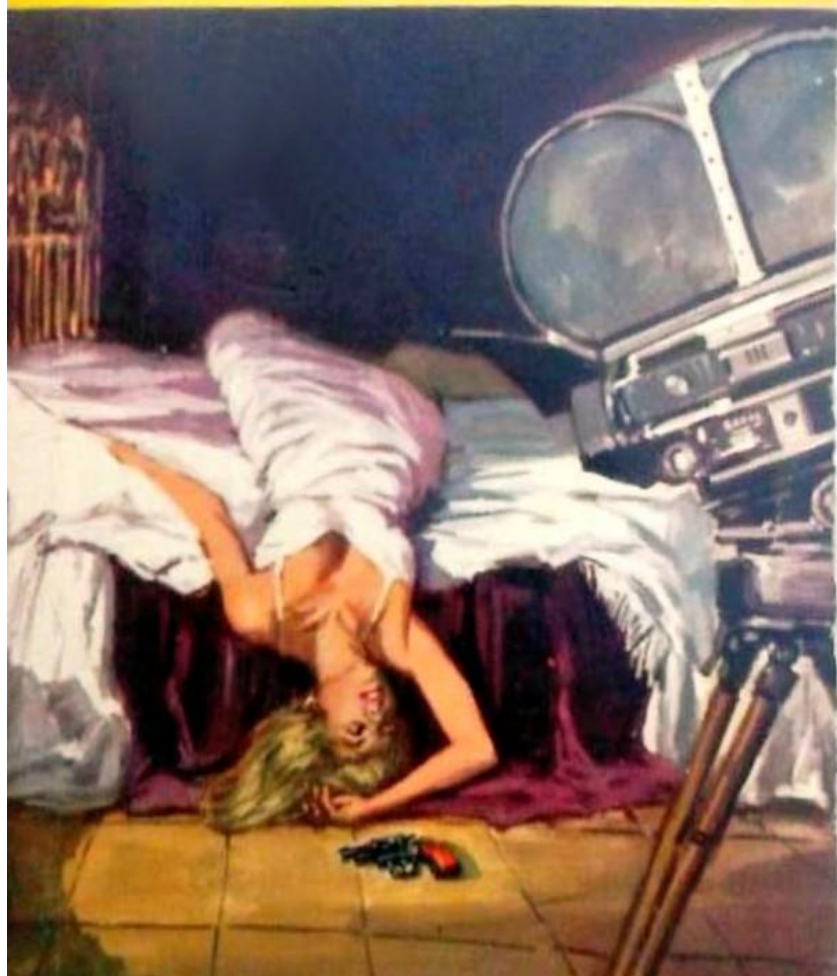




mientras las cámaras ruedan

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

MIENTRAS LAS CAMARAS RUEDAN

Colección **PUNTO ROJO** n.º 372
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 17.788 - 1969

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: junio, 1969

© VIC LOGAN, 1969
texto

© JORGE NUÑEZ, 1969
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección AMAPOLA:

860. — Impetuosa juventud.

En Colección ALONDRA:

814. — Una noche diferente.

En Colección CAMELIA:

757. — No soy lo que tú crees.

En Colección MADREPERLA:

1.065. — Lucha de sexos.

En Colección PIMPINELA:

1.158. — Tu amor no tiene precio.

En Colección ROSAURA:

979. — La muralla.

En Colección LEGIONES BLANCAS:

268. — Fuga bajo el sol.

En Colección KATRINA:

87. — Tu vida es mía.

En Colección SERVICIO SECRETO:

978. — Extraña noche.

En Colección PUNTO ROJO:

364. — Después del atraco perfecto.

En Colección ASES DEL OESTE:

507. — Olor a pólvora.

En Colección SALVAJE TEXAS:

680. — La recompensa maldita.

CAPITULO PRIMERO

Al noroeste del Estado de Arizona y casi perdida en las estribaciones del Gran Cañón del río Colorado, existe la pequeña aldea de Cheney.

Es un lugar tranquilo que alberga doscientas almas distribuidas entre el núcleo principal de la población, compuesto por la Cheney Avenue, de una longitud de trescientos metros en total y algunas pocas calles adyacentes.

El sitio conserva un sabor finisecular, dando la impresión de que los relojes estuvieran detenidos desde hace varios años.

Casas de madera, edificadas de un máximo de dos plantas. Un almacén general donde pueden comprarse desde alfileres hasta tractores... Todo como en los lejanos tiempos de la colonización.

Incluso el Banco conserva el sabor de la época popularizada por el cine en que los bandoleros montados a caballo y con los rostros cubiertos por negros pañuelos hacían crepitar sus revólveres dispuestos a asustar a la gente y llevarse el dinero de la caja.

Sólo que los caballos que antes hacían resonar sus cascos por la calle principal, son ahora lujosos automóviles, más o menos polvorientos de recorrer los caminos vecinales, algunos aún sin conocer el postizo del asfalto.

Las azoteas de las casas marcan el signo de la época con sus antenas de televisión, única distracción de la aldea.

Quizá los interiores de las casas, con sus frigidaires y sus máquinas lavaplatos ofrezcan el anacronismo resultante de unir lo moderno de la ciencia con lo rancio de las edificaciones.

A grandes rasgos, así es Cheney... La aldea donde nunca ocurrió nada hasta mediado el mes de agosto de aquel caluroso y largo verano.

Durante ocho semanas la casi totalidad del censo de la aldea vivió unas jornadas «diferentes».

Fue una fiesta continua.

¿Motivos?

Una productora cinematográfica decidió filmar los exteriores de

un «Western» a escasos kilómetros de la localidad, en el mismísimo Gran Cañón.

Todo el gran aparato publicitario del cine hizo hincapié en slogans más o menos sobados:

«Filmada en escenarios naturales».

«La incomparable panorámica del Gran Cañón será el fondo real de esta película llamada a inscribirse entre las mejores de su género».

El que luego el film resultara más o menos bueno es harina de otro costal. La publicidad tiene la obligación —al menos así parece ser— de asegurar que tal o cual producto es el mejor entre todos.

Estrellas de renombre, gente de la considerada importante en el mundo fabuloso de Hollywood, fueron huéspedes de la aldea durante aquellas ocho semanas que hasta parecieron mitigar el calor que enardecía el ambiente. El sabor de lo nuevo atraía a las gentes y era motivo de comentarios.

Por otra parte, la población en masa, con *sheriff* incluido fue contratada para actuar en las secuencias de «masas». Es decir, de extras.

Por falta de alojamiento, puesto que Cheney solo disponía de un reducido albergue, se instalaron carromatos con aire acondicionado para las primeras figuras.

Sobre todo para Olga Sorenson, la famosa de turno que había popularizado la televisión californiana, con su rostro de ingenua pícara, al estilo de la malograda Marilyn.

Olga Sorenson era también famosa entre el elemento masculino por sus reiteradas películas de espías, donde era obligado lucir sus generosos encantos. Olga era en efecto una mujer de extraordinaria belleza y formas opulentas... Piernas perfectamente constituidas, etc., etc.

Sí. Pues durante ocho semanas la gente de Cheney supo de qué hablar, que se apartara de la monotonía.

Bueno... Fue durante algo más de ocho semanas porque...

* * *

Se rodaban las últimas secuencias en las que el pueblo en masa participaba. La aldea había quedado prácticamente desierta aquel domingo por la tarde.

Los «bandidos» del film libraban la batalla final con los «buenos» y para mayor espectacularidad abundaban las explosiones producidas por la auténtica dinamita que se empleaba en el rodaje.

El estruendo hacía temblar los cristales de las casas del pueblo radicado a unos cinco kilómetros.

El eco debía de resonar en todas partes.

Por eso al principio no se dio demasiada importancia al estruendo lejano que algunos creyeron percibir entre explosión y explosión.

Fue más tarde, bastante más tarde... Cuando apareció uno de los dos coches de la patrulla del *sheriff* dando la noticia:

—¡Han asaltado el Banco!

Los que estaban más próximos al oficial que informaba no querían dar crédito a lo que estaban oyendo.

El *sheriff* saltó materialmente sobre su coche y pisó a fondo el acelerador.

En cinco minutos se plantó ante el Banco.

¡La puerta había sido forzada!

Allí no había técnica de ninguna clase. A lo bruto.

La caja fuerte había reventado por la explosión de nitroglicerina que no solo dejó al descubierto sus entrañas sino que se llevó parte del tabique e hizo seguir la techumbre de la habitación.

—¡Esto ha sido preparado por alguien que «sabía» que esto iba a estar desierto! —exclamó el *sheriff*, cuando pudo recobrar el habla.

Pero, ¿quién?

Nadie había visto nada. Nadie podía dar razón...

El total de lo robado ascendía, según se supo al día siguiente, a la nada despreciable suma de ochocientos mil dólares.

¿Cómo podía haber tanto dinero en la caja del Banco de una aldea?

La explicación la facilitó el *sheriff* al inspector Colbert, de la Brigada de Investigación Criminal de Phoenix, designado especialmente para aquel caso:

—Una vez al mes el consorcio minero de los yacimientos de plata recibe el importe de las transacciones.

—¿Y cómo se les ocurre depositarlo en un Banco anticuado sin ninguna clase de protección?

El *sheriff* se encogió de hombros:

—Eso mismo pregunté yo al principio, pero luego acabé aceptando la razón de que precisamente la seguridad estaba en la dificultad de llegar a salir de la aldea y en que nadie iba a imaginar que una suma de esta importancia era depositada en nuestro Banco, que por otra parte resultaba más cómodo que llevar el dinero a Phoenix y luego hacer el traslado, teniendo en cuenta que la estación de ferrocarril más próxima de la aldea está a treinta kilómetros.

Desde luego se tomaron todas las medidas propias del caso.

Se supo con certeza que ningún sospechoso se había presentado en las horas siguientes a la estación de Cassey Springs.

Avisados los puestos fronterizos más próximos de los Estados de Utah y Nevada, tampoco hubo noticias de que ningún coche que infundiera sospechas hubiese cruzado.

Se atisbó la posibilidad de que los atracadores se hubiesen dirigido a través del desierto Mojave hasta California, pero las pesquisas fueron completamente nulas.

Pensar que los ladrones cruzaron el Estado de oeste a este para entrar en Nuevo México o de norte a sur para cruzar Río Grande y entrar en México resultaba casi absurdo, pero se tomaron las medidas oportunas.

Nada. Ni rastro de los hábiles asaltantes.

Posteriormente se indagó acerca de los coches cuyas matrículas fue posible recordar y que habían cruzado por las fronteras inmediatas.

Tampoco por aquí hubo suerte.

El delito pasó a la jurisdicción federal. Durante algún tiempo no se habló de otra cosa en Cheney, luego el tiempo lo olvida todo poco a poco...

CAPÍTULO II

Las manecillas del reloj de pulsera de Virgil Corcoran señalaban las once de la noche.

El coche circulaba a buena velocidad por la desierta carretera. Había quedado atrás la zona rocosa y ahora el paisaje ofrecía la salvaje belleza del llano.

En la templada noche de diciembre, la luna silueta la mole de un picacho del Gran Cañón.

El eco llevó hasta Virgil pitido de una locomotora Diésel.

En su asiento trasero avanzó el cuerpo para instar al chófer:

—¿No puede ir más deprisa?

—Hago lo que puedo, amigo... No se preocupe, llegaremos a tiempo.

Virgil calculó mentalmente.

El tren tenía su salida de Cassey Springs a las once y siete minutos. Sí. Verdaderamente si el chófer del coche alquilado seguía la misma marcha todavía le sobrarían un par o tres de minutos.

Pero deseaba verse lejos de aquel lugar. Casi lo odiaba.

Pensó que había hecho un largo viaje para nada. Absolutamente para nada.

Y en los breves minutos que le faltaban para recorrer el trayecto desde Cheney hasta la estación de Cassey Springs recordó la escena.

Había llegado noventa minutos antes. Pensó en quedarse unos días, pero las cosas no sucedieron tal y como había pensado.

Hora y media hacía que había llegado de Los Ángeles. Tomó el mismo coche y se hizo conducir a Flower Road. Extraño nombre para una casa, apartada de la aldea, sin más viviendas en derredor y situada entre rocas. El sitio, sin embargo, era pintoresco y hasta agradable para quien desea huir del bullicio de las grandes ciudades.

Pero Virgil no había hecho el viaje hasta allí para huir de nada,

sino por una mujer: Sheila Benton.

Sheila y Virgil se habían conocido el verano anterior, simpatizaron. Y todo acabó en algo más que una simple atracción pasajera. Se prometieron.

«Volveré», había prometido Virgil, y allí estaba para cumplir su promesa.

Las cosas empezaban a ir mejor para él. Una perspectiva halagüeña se vislumbraba en el porvenir del joven y allá fue.

«El amor puede surgir cuando y donde uno menos espera», había leído en alguna parte, y así sucedió.

Conocía a docenas de chicas, pero ninguna como Sheila.

Había estado en bastantes sitios y tuvo que ser allí, precisamente en aquel villorrio perdido entre montañas donde despertaran sus sentimientos.

Se había apeado del coche y subió a la casa. No avisó a Sheila de su llegada. Ese fue su error. Su error y su suerte porque después de todo, gracias a su llegada de improviso había podido descubrir la «verdad» sobre aquella muchacha de aspecto angelical e ingenuo.

Había llamado. Tardaron bastante en abrir y el que lo hizo fue un hombre. Un tipo enjuto, cuarentón. Había poca luz, pero pudo distinguir cómo sus ojos le brillaban, pudo ver también la firmeza de su mandíbula, indicadora de un carácter firme, decidido.

—¿Qué quiere usted? —le preguntó ásperamente.

—Oiga... ¿No vive aquí la señorita Benton... Sheila Benton? —replicó extrañado Virgil.

El hombre enmudeció unos instantes. Le miró de arriba abajo con un cierto aire irónico.

Aún no comprendía la verdad, cuando Virgil oyó la voz de Sheila:

—¿Quién es?

—Un tipo que pregunta por ti —había dicho el hombre, dejando entreabrir un poco más la puerta.

Al fondo había luz y Virgil pudo ver claramente cómo Sheila se enfundaba una liviana bata.

Empujó la puerta. El hombre se hizo a un lado mirando a la muchacha que avanzaba hacia ellos. Parecía interrogarle: «¿Qué hago con este tipo?».

A pesar de la escasa luz de la estancia que hacía las veces de

recibidor y sala ella le reconoció y mostró su sorpresa y su contrariedad.

—¡Sheila! —apenas pudo exclamar Virgil, que no necesitaba de ninguna explicación para comprender.

—Virgil, no esperaba que tú...

La luz venía del dormitorio y daba a los tres personajes un aspecto casi irreal. Como irreal le parecía a Virgil aquella escena. Se sentía un intruso, y hasta ridículo. Había llegado en el momento de interrumpir una escena de amor... De descubrir cómo era realmente la mujer a la que estaba dispuesto a hacer su mujer.

—Te prometí que volvería... Pero ya veo que he llegado tarde...

Quizá lo que más sacó de quicio a Virgil —más incluso que el encontrarla con otro hombre— fue la ingenua y boba respuesta de Sheila:

—¡Oh, Virgil! Si hubiese sabido...

—Mejor así, nena. Ahora ya sé a qué atenerme.

No hubo más palabras.

Miró al tipo de reojo. Los dos le asqueaban.

Salió fuera sin cerrar la puerta y bajó el tramo de escaleras de madera —igual que la edificación— que daban acceso a la intemperie a aquella casa.

Solo en un lugar desierto, apartado de la aldea, deambuló pensando en la burla de que había sido objeto.

Quizá ella no le creyó. Quizá la culpa fuera exclusivamente suya por haberse tomado en serio a aquella muchacha.

Después de todo, apenas la conocía. Habían sido unas pocas semanas.

Se encogió de hombros. No. No valía la pena sentirse desdichado... Y hasta incluso tuvo la sensación de sentirse libre, más libre...

De cualquier modo, no pudo dominar su mal humor.

¡Lástima de dólares que se había gastado en aquel viaje!

Eran poco más de las diez. Recordaba haber visto un anuncio en la estación que informaba que la próxima salida en dirección oeste tenía lugar a las once y siete minutos.

Se llegó hasta la aldea para buscar al mismo taxista que le había llevado.

El dueño del bar le informó:

—Sam ha ido a acompañar al médico a una granja.

Sam era el nombre del chófer.

—¿Sabe si tardará mucho?

—No sé. La señora Bannion iba a dar a luz, esas cosas nunca se sabe... Al «doc» se le estropeó el coche. ¿Qué le parece? Yo siempre le digo: «Tienes que comprarte uno nuevo, Wilbur», pero me contesta: «Con la peste de salud que hay en esta condenada aldea, ¿cómo puedo comprarme un coche? ¡A menos que se declare una epidemia...!».

Y rióse de buena gana ante la frialdad y la adustez de Virgil, que no estaba para bromas.

El del bar le miró con curiosidad y hasta con recelo.

No era frecuente ver a un forastero en Cheney y menos a un tipo que parecía amargado, indiferente a las quisicosas del pueblo.

—¿Usted no es de aquí, verdad? —le preguntó poco después.

—No —replicó con sequedad Virgil.

—¿Va a tomar el tren? —insistió el del bar.

De buena gana Virgil le hubiese mandado a paseo. No quería contestar preguntas. Prefería que le dejaran solo.

Se echó hacia delante el ala del sombrero, tomó la botella de *whisky* y el vaso que tenía en el mostrador y se dirigió hacia una de las pocas mesas colocadas paralelamente al largo mostrador, como dando a entender que no deseaba conversar con nadie.

Durante el tiempo que esperó solo entró un cliente que saludó con gran vozarrón al dueño del establecimiento. Luego Virgil les oyó hablar quedamente.

Pensó que posiblemente hablaban de él. Un forastero en un lugar como Cheney siempre es motivo de comentarios.

Maldijo mentalmente la singular mentalidad de los pueblerinos.

El tiempo le pareció eterno, pero al fin llegó Sam y pudo pedirle que le llevara a la estación.

El del bar quiso saber:

—¿Qué hay de los Bannion?

—Ha sido un chico.

—Uno más —sonrió el tabernero.

—He ganado la apuesta que hice con Little John. Él decía que esta vez tenía que ser chica. Cinco pavos.

—¡El séptimo para Bannion! —exclamó el tabernero—. ¿Cómo

está ella?

—Bien, bien. «Doc» dice que si todas las mujeres fueran como...
Aquí Virgil interrumpió el cotilleo:

—¿Les importa discutir esto más tarde? Tengo prisa.

Sam y el del bar le miraron un instante. Virgil temió que el chófer se negara a llevarlo. ¡A veces esa gente de los pueblos...!

El taxista —el único de Cheney— acabó encogiéndose de hombros. Unos buenos dólares nunca están de más...

Y allí estaba Virgil, cruzando el paso a nivel con la estación a menos de cincuenta metros.

Eso era lo que había sucedido.

—¿Ve cómo hemos llegado a tiempo? —murmuró el taxista mientras Virgil le abonaba el importe del viaje.

Bajó del coche sin decir nada y entró en la estación, comprobando que todavía faltaban cuatro minutos.

Sam dio la vuelta al auto y se perdió en las sombras camino de regreso.

—Los Ángeles, segunda clase —pidió Virgil en la ventanilla.

—No es directo. Tendrá que hacer trasbordo en Juntcion. Llega a las dos de la mañana, supongo que ya habrá absorbido el retraso.

—¿Lleva retraso? —preguntó Virgil, malhumorado.

Algo le empujaba a sentirse lejos de allí y regresar a su ambiente, a un ambiente que si no le placía totalmente constituía parte de su forma de vivir: el cine.

El jefe de la estación que al mismo tiempo vendía los billetes, dado el escaso tráfico, replicó consultando el reloj:

—Avisaron de Jacob Lake. Descarriló un mercancías y hubo que esperar quince minutos.

—¡Quince minutos!

—Bueno. Es posible que ya sea algo menos. Un caso de fuerza mayor. Nunca había ocurrido en los últimos diez años... ¿Quiere que le prepare un café? No hace frío, pero el café siempre entona. Yo me estaba preparando para mí.

—No, gracias —replicó Virgil.

Se apartó de la ventanilla y recorrió con la mirada la vieja y solitaria sala de espera.

Pasó al largo andén y miró en ambas direcciones.

A través de una ventana observó al jefe preparándose el café en

un hornillo.

El funcionario asomó la cabeza:

—¿De veras no quiere café?

—No, no. Oiga... Cuando venía hacia aquí me pareció oír un pitido...

—Sí. Es posible. Debió ser el expreso del este. No se detiene en esta estación.

Virgil hizo un movimiento con la cabeza y se alejó. El jefe le observó unos instantes, quizá adivinó un cierto nervosismo en él.

Los minutos pasaban lentos para el joven.

A las once y diez minutos exactamente pudo oírse un ruido.

No. No era el tren.

Una sirena.

La sirena de uno de los coches patrulla.

El jefe asomó la cabeza por la parte posterior. El auto no tardó en llegar hasta allí. De él bajaron dos agentes uniformados seguidos del *sheriff* de Cassey Springs.

—¿Pasa algo? —inquirió el ferroviario.

El de la placa desenfundó su pistola de reglamento y sus dos agentes le imitaron.

Iba a preguntar algo, pero Virgil avanzó hacia la comitiva que entraba ya en la sala de espera.

¡Y se dirigían hacia él!

De pronto se vio con tres cañones amenazándolo.

—¿Qué diablos...? —empezó.

El de la placa se encaró con él.

—¿Viene usted de Cheney?

—Sí. En efecto, pero...

—¿Le ha llevado Sam? —siguió el policía impertérrito.

—¿Sam? Sí, creo que ese es el nombre del chófer.

—Entonces tendrá que acompañarnos.

—Oiga... Usted no tiene ningún derecho, *sheriff*. Yo he...

—Cállese ahora y tengan cuidado con lo que dice. Cualquier declaración podría ser utilizada contra usted.

—Esto es un atropello! Espero el tren para Los Ángeles y...

—Ya tomará otro —cortó el *sheriff*.

—Dígame al menos de qué se me acusa.

—Ya se lo dirá mi amigo el *sheriff* de Cheney. Quieren hablar

con usted... Andando. Usted delante.

—Virgil dudó. De la extrañeza y el estupor había pasado a la indignación. Ni siquiera le dejaban hablar. Uno de los agentes le empujó con el arma.

—¡Espera! —ordenó el *sheriff*.

Hizo una seña que el otro agente entendió perfectamente y sin dejar el arma le cacheó.

—No. No lleva armas.

—Bien, adelante —dijo el de la placa, acompañando la palabra con un movimiento de cabeza.

—Ustedes se confunden —replicó Virgil.

Le obligaron a caminar hasta el coche, y con el mayor estupor se encontró sentado en la parte trasera entre el representante de la Ley y agente, mientras el otro conducía el auto, alejándose de la estación en el momento que el pitido del tren anunciaba su llegada.

Virgil maldijo el retraso del ferrocarril.

Pero era tarde para lamentarse.

CAPÍTULO III

Los que le habían llevado de nuevo hasta Cheney regresaron a Cassey Springs.

Ahora, Virgil se hallaba en el despacho del *sheriff* de Cheney. Un tipo robusto, alto, de mirada dura y facciones enérgicas.

A su lado, dos agentes, uno tras la máquina de escribir y el otro guardando la puerta pegada su espalda a ella, permanecían atentos.

—Díganme de una vez de qué se me acusa. No tienen ningún derecho a retenerme.

—Empezaremos por el principio —murmuró el *sheriff*—. Mi nombre es Hokie. Soy el jefe de la policía de Cheney, y cuando me eligieron para el cargo juré que me haría respetar. ¿De acuerdo?

—Hágase respetar cuanto quiera, pero insisto...

—Aquí las órdenes las doy yo —cortó Hokie—. Así que... o colabora con nosotros por las buenas, o... tendré que encerrarle hasta que se halle dispuesto. No tengo prisa.

—Bien... —aceptó de mala gana Virgil—. ¿Qué diablos desea?

—Nombre completo.

—Virgil Corcoran.

—Edad.

—Treinta.

El policía jugueteaba con su carnet de conducir.

—¿Actor de cine, eh?

—Usted lo está leyendo —replicó Virgil, escupiendo las palabras.

—¿Y a qué ha venido a Cheney, señor Corcoran? —preguntó Hokie.

—¿No lo sabe?

—Espero que usted me lo diga.

Con desganada resignación, Virgil replicó:

—Creí que en un agujero como éste todo se sabía.

—Conteste concretamente, señor Corcoran —insistió pacientemente el policía.

Su tono, empero, era autoritario, frío. Virgil trataba de no dejarse impresionar por él.

—Está bien. El verano pasado rodamos durante ocho semanas una película en este maldito pueblo. Conocí a una chica y he venido a visitarla, pero no tema, no voy a llevármela. Creí que esto era más sano, pero me equivoqué...

—¿Cómo se llama esa chica? —inquirió Hokie mientras el otro agente tecleaba la máquina de escribir recogiendo todo lo que Virgil contestaba.

—Sheila Benton.

En este momento la conversación quedó interrumpida por unos golpes en la puerta.

El agente que la custodiaba cambió unas palabras con otro que le habló desde el aposento exterior.

El de la puerta se volvió hacia Hokie para informar.

—Esos están ahí.

—Que pasen —ordenó el *sheriff*.

Los que entraron eran ya conocidos de Virgil. Sam, el chófer, el del bar y el cliente que estuvo en el establecimiento mientras él aguardaba.

—Póngase en pie —ordenó el *sheriff* a Virgil.

Este obedeció, encontrándose ante las miradas de los recién llegados.

El del bar murmuró:

—Sí. Es él.

—Es él —corroboró el cliente.

Sam asintió con la cabeza.

—Desde luego, jefe. Lo traje de la estación hasta la casa y hace poco volví a llevarlo a Cassey Springs.

—Esto es todo —replicó Hokie.

—Tenía mucha prisa —apostilló el chófer.

—Y estaba muy nervioso —añadió el del bar.

—¿Pero de qué hablan ustedes? —preguntó, ya harto, Virgil.

—Vamos a dar un paseo, señor Corcoran —adujo Hokie

—.
Andando.

Podía imaginarlo todo menos que le llevaran de nuevo a la casa de las afueras. Allá en Flower Road.

Cualquier cosa había sido capaz de pensar menos que hallaría a Sheila Benton tendida sobre el suelo de madera. Con los ojos aún abiertos.

Era un espectáculo propio de una secuencia cinematográfica, sólo que aquello no tenía nada de ficticio.

—Muerta! —exclamó incrédulo.

—Estrangulada —murmuró Hokie, sin dejar de observarle.

Un hombre de paisano y otros dos agentes surgieron del dormitorio. El de paisano se dirigió hacia el *sheriff* después de observar un instante a Virgil.

—Nada nuevo, Hokie. Ya le dije que la muerte se había producido entre las diez menos cuarto y las diez. No disponemos de grandes medios para concretar más y yo no soy forense.

—Gracias, doctor Wilbur —replicó el *sheriff*, y añadió, mirando a Virgil—: ¿Fue esta la hora en que estuvo usted aquí?

Virgil reaccionó:

—Oiga. No irá usted a creer...

—No importa lo que crea. Conteste sí o no. Si no quiere hacerlo no lo haga. Tenemos la declaración de Sam. Asegura que le dejó en la casa a las diez menos cuarto y le vio subir por la escalera.

—Sí, en efecto, pero Sheila estaba viva... Yo mismo la vi... ¡Y estaba un hombre con ella!

—¿Un hombre? ¿Qué hombre?

—No lo sé... Su novio seguramente. Ya le dije que había venido para verla. Al encontrarla con otro tipo...

Hokie cortó:

—Perdió los estribos y la mató.

—¡No! —exclamó—. Busquen a ese hombre...

—Usted no la encontró con nadie, Corcoran —replicó Hokie.

—Le digo que...

El *sheriff* no le dejó hablar.

—Vino aquí por una causa que desconocemos y la mató... Puede que fuera por celos. Sheila Benton en verdad no tenía muy buena reputación. Incluso habían llegado hasta mí ciertas quejas... Pero

no pudo probársele jamás que observara una conducta inmoral.

—Le digo que estaba con un hombre.

—Descríbalo. No será muy difícil encontrarlo en una aldea como Cheney.

—Estaba bastante oscuro, pero... el tipo era alto y delgado.

¡Alto y delgado!

La réplica del *sheriff* era todo un reproche. Alto y delgado era tanto como no decir nada.

—¿Cómo vestía? ¿Tenía alguna señal peculiar? —insistió el representante de la ley.

—Ya le he dicho que estaba a oscuras... Pero deben buscar a ese hombre. Él se quedó en la casa.

—¿Es todo lo que tiene que decir? —preguntó el *sheriff*.

—No, Hokie...

—Para usted, *sheriff*.

—Está bien. Debo decir que yo no tengo nada que ver en esto. Están cometiendo un error. ¡Un error!

CAPÍTULO IV

El interrogatorio prosiguió en el despacho de Hokie.

Se había comprobado que en la casa todo estaba en orden, la cama, la cocina, todo...

Sólo había comido una persona —Sheila, sin duda—, y no existía la menor huella que delatara la presencia de «otro» hombre.

El único oficialmente que había visitado a Sheila Benton era Virgil Corcoran.

Las negativas de su participación en el crimen, sin embargo, no eran escuchadas.

—No conseguirá una confesión, Hokie. No la conseguirá —replicó, extenuado, Virgil.

El interrogatorio había sido agotador. El reloj de la oficina señalaba las cuatro de la madrugada.

Una y otra vez el *sheriff* había ido preguntando las mismas cosas. Virgil no cometió ninguna contradicción. Seguía defendiendo su inocencia.

El *sheriff* no parecía cansado, pero, evidentemente, había empeorado su humor.

—Voy a encerrarle, Corcoran. Con confesión o sin ella, voy a encerrarle. No tengo más sospechoso que a usted. Nadie fue visto rondando la casa de la Benton ni se le conocían relaciones íntimas con ningún otro hombre.

—Usted mismo dijo antes que había recibido quejas por su conducta dudosa —replicó Virgil, intentando no perder la serenidad.

—Y también le dije que nunca se le había podido probar nada contra las buenas costumbres.

—Pero tendría amigos...

—Mire, Corcoran, llevo poco en el cargo, mi antecesor tuvo que dejar su placa hace solo tres meses. No quiero que me ocurra lo

mismo que él.

—¡Ah, ya! —murmuró con ironía Virgil—. Lo del atraco...

Le echaron porque no fue capaz de descubrir a los ladrones y ahora usted se encuentra ante un crimen y quiere terminar el asunto cuanto antes para que no le tachen de inepto... ¿Es esa su manera de hacer respetar la ley? ¡Haga averiguaciones! Si mi tren hubiera llegado a tiempo hubiera tenido que dirigir sus pasos hacia otro sitio. ¡Hágalo ahora!

—Cierra la boca, Corcoran. Mis pasos siempre me habrían conducido hacia usted...

—¿Por qué no busca al tipo que estaba con ella?

—Porque no existe.

—¿Cómo puede estar tan seguro, *sheriff*? —preguntó desafiante Virgil.

—Se lo diré, Corcoran. Se lo diré... No quiero líos en Cheney. Esto era un sitio tranquilo y cuando tomé posesión de mi cargo juré que seguiría siéndolo...

—Limpie primero la basura. No la busque fuera. Debe haber mucho que barrer aquí.

—Me está agotando la paciencia, Corcoran —replicó con frialdad Hokie, manteniendo el mismo tono desafiante— pero no quiero que le queden dudas con respecto a mi proceder. Y quiero que sepa que para contestar a las malas lenguas he mantenido bajo vigilancia a Sheila Benton...

—No le ha servido de mucho, *sheriff*.

—Lo suficiente para saber que Sheila no tenía amigos. ¿Lo ha comprendido? No hablaba con nadie.

—¿De qué le acusaba, entonces, la gente?

—Señor Corcoran, hay muchas maneras de influir sospechas. La gente de aquí es sencilla, sus costumbres son remotas, no viven al día, pero son buenas personas y a las señoras sobre todo no les gusta mucho que una chica haga guiños a sus maridos y se contonee más de lo debido por las calles. Y les gusta menos que sus maridos miren a esa chica como... algo que no tienen en casa. ¿Me ha comprendido?

—He comprendido que esta noche a Sheila no la vigilaba nadie. De tener a uno de sus hombres habría podido comprobar que antes que yo, y después de que me hubiera ido, había alguien con ella.

—Levántese, Corcoran —se limitó a replicar Hokie—. Vaya a descansar. Nuestro calabozo no tiene muchas comodidades, pero dispone de un buen colchón.

—Es demasiado terco, *sheriff*. Nunca podrá probar que yo maté a Sheila.

—Me parece que es usted quien tendrá que probar que no la mató, Corcoran. Reflexione.

* * *

Sólo había dos calabozos.

El que le destinaron era el más grande. Disponía de cuatro camastros distribuidos en dos literas metálicas.

Era la primera vez que Virgil Corcoran se veía entre rejas.

El guardián se alejó por el corto pasillo que conducía a la sala principal de la oficina de Hokie.

Quedó solo.

Ya no sentía deseos de pensar. Estaba demasiado agotado físicamente y se tumbó sobre la colchoneta de una de las literas bajas.

¿Cómo salir del atolladero?

Confiaba en que lo absurdo de aquella acusación saliera a la luz, pero por otra parte la tenacidad, o terquedad de Hokie le desmoralizaba.

Y existían muchos puntos oscuros en lo que le había dicho con respecto a Sheila Benton.

Si la vigilaban... ¿Por qué no había nadie cerca de su casa aquella noche?

¿Y por qué aquella absoluta seguridad en que no existía más sospechoso que él?

Quiso pensar, pero el cerebro se negó a obedecerle. Estaba demasiado cargado... demasiado confuso. La cabeza le dolió. Se durmió...

Despertó sin saber el tiempo que había permanecido bajo la inconsciencia del sueño.

Todo seguía oscuro. Todo. Incluso la pequeña ventana que existía en la pared del fondo.

¿Seguía siendo de noche?

¿Qué era lo que le había despertado?

Mientras se hacía tales preguntas no transcurrió ni un cuarto de minuto. Tendido aún vio que no estaba solo. No. No estaba solo.

En la celda había entrado un hombre.

—¿Quién... quién es usted? —preguntó.

El hombre permanecía de perfil. Observando el pasillo desierto. Se volvió hacia Virgil.

—Siento haberle despertado.

Virgil arqueó las cejas. No era la primera vez que veía al hombre...

Enjuto, de ojos brillantes...

Era el tipo que había visto en la casa de Sheila.

Abrió la boca. Iba a lanzar una exclamación, pero el otro le atajó.

—Cuidado. No grite. Me han concedido cinco minutos para hablar con usted.

—Oiga... Usted es...

—Cállese.

—Usted estaba en casa de Sheila. Usted...

—He dicho que se calle. —Y el hombre se levantó, le miró fijamente como si tratara de hipnotizarle con el brillo de sus ojos penetrantes, incisivos como afilados puñales.

—He venido para ayudarle. No va a ser fácil, pero lo intentaré.

—¿Qué significa esto?

—No haga preguntas. Quédese tranquilo. Sólo quiero que siga mis instrucciones. Hay poco tiempo.

—¿Qué es lo que pretende? Fue usted quien mató a Sheila. Estaba con ella.

—Se equivoca usted.

—Voy a llamar al *sheriff* —Virgil se levantó con intención de dirigirse hacia las rejas.

—Si grita lo echará todo a perder. Hokie no está. Sólo hay el agente de guardia. Estos calabozos son viejos, pero muy seguros.

—¿Qué quiere usted de mí?

—Que acepte las cosas como son. No confiese si no quiere. Nadie le obliga. Le acusarán oficialmente de todos modos. Cuando lo hagan van a trasladarle a Cassey Springs, le pedirán que busque a

un abogado y le juzgarán. Todo esto llevará algún tiempo.

—No llevará ni un solo día, porque diré que usted...

—Nadie va a creerle, Corcoran. Por su bien le repito que siga mis instrucciones.

—Usted es un asesino y...

Virgil perdió la calma e hizo intención de golpear al desconocido, pero éste se previno parando el golpe.

Virgil lo intentó de nuevo, pero el hombre, con extraordinaria habilidad le envolvió con una llave hasta retorcerle el brazo tras la espalda.

—¿Se estará quieto de una vez? —Pretendo ayudarle...

—Entonces confiese la verdad —murmuró Virgil aguantando el dolor que le producía su forzada posición abocado sobre la colchoneta y con la presión férrea de su agresor.

—Usted no sabe cuál es la verdad. Supone solamente.. —Hizo una pausa, miró hacia la puerta del fondo del pasillo con cierta impaciencia y añadió con un suspiro—: ¿Está dispuesto a escucharme?

—¡Guardián! —gritó al observar que el otro aflojaba la presión.

—¡Está loco!

—¡Guardián! —volvió a gritar.

Se deshizo del desconocido y se revolvió con los puños dispuestos a saltar sobre él.

La puerta se abrió y el agente de turno avanzó hacia la celda.

—¿Qué diablos ocurre?

—¡Ese hombre! Ese hombre es el que vi en... —empezó Virgil

El agente le interrumpió:

—¿Se ha vuelto loco?

—Abra —pidió el otro.

—¡No le deje escapar! —gritó Virgil—. Llame al *sheriff*. Ese tipo es el hombre que estaba con Sheila Benton.

—Definitivamente está loco —murmuró el agente, franqueando la puerta al hombre alto y enjuto.

—No. No estoy loco. Avise al *sheriff*. Es él —siguió diciendo Virgil.

Por toda respuesta el policía miró al recién salido.

—¿Se encuentra bien, juez Blanding?

—Sí, Charlie. Lo siento. Creí que podía reconocer a ese hombre.

Me he equivocado...

Los ojos de Virgil mostraron la más completa perplejidad.

¡Juez Blanding!

—¡Un juez!

«¡Un asesino! —pensó Virgil Corcoran—. Sí. Un asesino, porque él estaba en casa de Sheila...»

¿En qué clase de lugar se había metido?

CAPÍTULO V

—Vamos. Hable de una vez —espetó Hokie.

Eran las nueve de la mañana del siguiente día. Virgil mostraba claras huellas de no haber dormido.

Después de la inesperada visita ya no pudo conciliar el sueño.

—¿De qué serviría? —dijo al fin—. Usted necesita un culpable. Puede que sepa tan bien como el propio juez que me visitó esta madrugada quién es el asesino... Necesitaban un culpable y yo les caí como llovido del cielo. ¿Qué quiere ahora?

—Ya me dijo el agente lo que ocurrió... O está usted loco de atar o como actor han subestimado sus posibilidades.

Virgil arqueó las cejas formulando una muda pregunta.

Hokie siguió.

—Sí. Me he permitido hacer unas averiguaciones. Usted me lo aconsejó... ¿verdad?

Virgil Corcoran mostró un cierto interés. Hokie extrajo unas notas del bolsillo de su chaqueta de pana.

—Virgil Corcoran. Actor. Papeles secundarios. Lo que se llama «un extra con voz». Le han hecho algunas pruebas, pero nadie se ha decidido a contratarlo para papeles de importancia. Tiene un apartamento en Los Ángeles, del que no siempre está al corriente del alquiler. Vive con apuros aunque nunca ha sido detenido por nada ilegal. Tiene algunas amistades... femeninas y se sabe que andaba detrás de la estrella Olga Sorenson.

—¿Es una prueba de su sagacidad, Hokie? —preguntó con desprecio el detenido—. Si me lo hubiese preguntado a mí se habría ahorrado el importe de la conferencia... Pero claro, pagamos los contribuyentes.

Hokie guardó las notas en el bolsillo.

—Para un hombre que aspira a casarse con la Sorenson, una chica como Sheila Benton es muy poca cosa.

—¿Y quién le dice que yo pensaba en serio en Olga Sorenson?

—Entonces... ¿Por qué iba tras ella?

—¿Y eso qué le importa a usted, Hokie? No tiene nada que ver con...

—¡Yo sé lo diré, Corcoran! —exclamó el policía atajándole—. Iba con ella para ascender en su carrera. Quería utilizarla como trampolín. Es usted un fracasado y necesita de alguien...

—¡Qué mal informado está usted! Cuando yo iba «detrás» de la Sorenson, ella no era más que una *cover girl* con aspiraciones. Yo solo quería proponerle una asociación. Tenía proyectos, pensaba formar un número para actuar en salas de fiestas. Nos hacíamos un favor mutuo...

—Bueno... esto no es de mi incumbencia... del todo, pero nos lleva al quid de la cuestión.

—¿De qué cuestión?

—¿Sabe cuál es el verdadero nombre de Olga Sorenson?

—Sí, claro. Betty Smalley. Pero... ¿dónde quiere ir a parar?

—En que el verdadero nombre de Sheila Benton era... Smalley...

Virgil frunció el entrecejo. ¿Sheila Smalley? ¿Qué significaba...? Hokie le sacó de dudas.

—Eran primas. Primas hermanas. ¿Usted no lo sabía verdad?

—Claro que no...

—De todos modos, le será difícil probarlo.

—Oiga, Hokie...

—¿Quiere saber lo que pienso?

—Alguna idiotez...

—Como quiera, Corcoran, pero la cosa está bastante clara. Usted viene a Cheney para rodar y conoce a Sheila. Sheila es una mujer fácil y usted espera entretener sus ocios, a lo cual no hay nada que oponer. Un buen día se le ocurre volver. Sabe que Sheila tiene algún dinero y podrá mantenerle. Cansado de ir de fracaso en fracaso considera que unas vacaciones pagadas no le sentarán nada mal. Este es un lugar tranquilo... ¿Pero qué ocurre, mi querido señor Corcoran? Pues sencillamente que Sheila no es una incauta... Le aceptó por unas semanas, pero ahora comprende sus intenciones y le rechaza... Puede que hasta se burle de usted. Le dicen que es prima de la Sorenson, que se ha burlado. Usted se ciega al verse

despreciado y la emprende con ella hasta que acaba estrangulándola. Entonces tiene prisa en huir, pero la estación queda lejos. Hay tres testigos de su impaciencia, incluso le molesta que el tren lleve un pequeño retraso. Quiere verse lejos antes de que la policía descubra el crimen...

—¿Por qué no hace una novela de esto? Es bastante vulgar, pero quizá algún editor se la acepte —replicó con ironía y escepticismo el detenido.

—Puedo equivocarme, claro, pero a falta de su versión la mía no está nada mal.

—¿Y cree que alguien es capaz de venir de Los Ángeles a cometer un asesinato y pasearse por el pueblo, donde un forastero es como una mancha negra en un lienzo blanco?

—Usted no pensaba matarla. Puede ser un atenuante.

—Déjese de tonterías. Haga lo que quiera. Estoy en sus manos.

—Voy a acusarle formalmente, Corcoran. Será llevado a Cassey Springs.

—Y juzgado por el juez Blanding.

—Exactamente.

—Tiene gracia. La víctima juzgada por el asesino.

Hokie, que hasta entonces había permanecido en pie, se sentó tras su mesa y redactó unas notas.

Luego, sin dejar el tema, pero cambiado el cariz de la conversación, murmuró:

—Le dije que vigilaba a Sheila Benton. Naturalmente, no podía apostar a un hombre frente a su casa. Así que la patrulla pasaba por Flower Road tres o cuatro veces. Sabíamos siempre si estaba acompañada o no. En la última ronda les sorprendió ver abierta su puerta y subieron. La encontraron tal como usted la había dejado.

—Yo no fui —dijo Virgil sin levantar la voz. Su tono era más bien pasivo, reticente, pero sin gran convencimiento de ser escuchado.

—Oiga —espetó de pronto el policía, levantándose—, ¿piensa insistir en que vio al juez Blanding en casa de Sheila?

—Le vi, era él. Sea juez o no lo sea, le vi.

—No es que me importe, pero se van a reír de usted.

—Y usted el primero, ¿verdad, Hokie? ¿Cuánto le paga Blanding para proporcionarle a un culpable de su crimen?

—¡Cuidado, Corcoran! Se está excediendo. Usted no tiene pruebas contra él y yo, en cambio, sí las tengo contra usted.

—Entonces, si tan seguros están, ¿por qué pretendía el juez ayudarme? ¿Por qué vino a proponerme no sé qué?

—Otra vez se equivoca, Corcoran. El juez vino solamente para ver si le reconocía. Yo le llamé para informarle de su captura y de paso le hablé de sus protestas de inocencia...

—¿Y para eso vino a las cinco de la madrugada?

—Se levanta muy temprano. Le gusta madrugar. Cuida su invernadero y escribe. Todos nos sentimos muy honrados de tenerle entre nosotros. Es un gran hombre a quien, todo el mundo aprecia por su generosidad y buen corazón. No intente siquiera acusarle, Corcoran, no hará más que echar piedras sobre su tejado. No solo no le creerán, sino que se atraerá las iras de la gente.

Y Virgil notó un extraño brillo en la mirada que le dirigió Hokie.

CAPÍTULO VI

Le encerraron de nuevo.

Permaneció solo hasta mediada la tarde, que le obsequiaron con la compañía de un viejo borracho al que encerraron en el calabozo vecino.

El hombre no cesaba de cantar cancioncillas más o menos típicas, pero sin entonación y coherencia.

Durante casi una hora, Virgil tuvo que soportar la voz del beodo, que acabó por destemplan sus ya resquebrajados nervios.

—¡Maldita sea! Cállese de una vez...

—¡Eh! ¿Qué pasa? ¿No estamos en un país libre? ¿Quién diablos eres tú?

El viejo hablaba arrastrando las palabras, con lengua torpe. Sacó los brazos apoyando la cabeza entre dos barrotes.

—¡Eh! ¿Tienes un trago? —murmuró machacón—. Si me das un trago, me callo. Palabra de honor.

—Una mordaza te metería en la boca...

—Entonces, voy a cantar.

Y empezó otra vez con la tonadilla machacona, insistente.

—¡Maldita sea! ¡Guardián! —gritó.

El guardián entró y Virgil presentó su queja, pero el borracho no hizo demasiado caso.

—¿Es que no piensa hacerle callar?

—¿Dónde crees que estás? Esto no es un hotel de lujo —gruñó el más viejo de los guardianes de la plantilla.

Quizá hasta entonces no se dio exacta cuenta de su situación. Era realmente un preso. Un hombre al que iban a acusar formalmente con escasas garantías de salir bien librado. Ni siquiera disponía de dinero para nombrar un abogado. ¡Estaba cogido! ¡Cogido por la misma Ley!

Un *sheriff*, un juez...

Pensó que tal vez le nombrarían un abogado de oficio confabulado con ellos. ¡Todos le ayudarían a hundirse!

No cabía buscar solución. Ya no se trataba de poder demostrar su inocencia. Era una víctima. Una víctima propiciatoria...

El borracho había terminado al fin de canturrear, parecía más despejado.

Interrumpió sus largos pensamientos con su voz:

—No puede uno beber. ¡Qué asco de *sheriff*! Cuando teníamos a Torent era distinto, pero Hokie... Brrr. No quiere perder su puesto.

Virgil guardó silencio. ¿Para qué diablos le importaba la conversación con un borracho?

Pero el otro siguió:

—Cheney ha cambiado mucho... Antes nunca había ocurrido nada, pero desde que limpiaron el Banco —soltó una carcajada—. Ya convenía que alguien les despabilara un poco... ¿No crees?

Virgil no contestó.

—Oye —preguntó el viejo, insistente—, ¿y a ti por qué diablos te han encerrado? ¿Estás borracho?

—Vuestro maldito *sheriff* me acusa de un asesinato.

—¡Oh! —Y tras una leve pausa el viejo añadió comprendiendo—: ¿Así tú eres el tipo que se cargó a la fulana, eh?

—Yo no maté a nadie.

—Hummm. ¿Y por qué te dejas cargar el muerto?

—¿Crees que puedo elegir? Me cogieron, me encerraron y no importa lo que diga.

—Sí. Ese Hokie no da muchas facilidades.

—Hokie, el juez y toda la parentela.

—¿El juez? ¿Te refieres al de Cassey? Aquí no hay juez...

—Sé que se llama Blanding.

—Hummm. Voy a admitirte todo lo que quieras de Hokie. Pero alto con el señor Blanding. Es una buena persona.

Virgil sonrió amargamente.

¡Una buena persona! Aquello le parecía una lección aprendida de memoria. O acaso... se equivocaba.

—Aquí todos aprecian mucho a ese juez, según parece —murmuró.

—Sí, amigo. La gente no es estúpida y sabe apreciar lo que vale. Lleva paco tiempo en la comarca, pero todos le apreciamos.

—¿Poco tiempo?

—Unos tres meses.

Virgil quedó pensativo.

Tres meses. Y había sabido granjearse la amistad de las gentes. ¿Lo había hecho a propósito? ¿Qué ocultaba el juez Blanding?

Virgil empezó a sospechar una doble personalidad en aquel hombre. ¿Y qué pensar del *sheriff* Hokie?

—El juez y el *sheriff* —murmuró intentando saber más cosas— parecen ser buenos amigos.

—Blanding es amigo de todos... Incluso de Hokie. A ese sí que no hay quien le soporte. Se cree un dios.

—Eso ya me consta.

—Yo no te conozco, amigo, me importa un comino quien seas, pero si no tienes nada que ver con el crimen que te quieren cargar, no te asustes. Confía en el juez. Puede ser tan amigo de Hokie como quieras, pero en lo tocante a administrar justicia, te aseguro que sabe lo que se hace.

Es un juez como hay pocos.

—¿Y cómo podéis saberlo? Todo el mundo dice que aquí nunca ocurre nada.

—Aquí no. Pero allá abajo, en Cassey Springs hay más gente. De vez en cuando surge algún ratero. Desde que Blanding fue nombrado juez estuve en dos juicios...

El viejo hablaba ya con normalidad, los efectos de la borrachera parecían haberle desaparecido, su voz sin embargo, sonaba agitada.

Prosiguió:

—Juzgó a un chiquillo acusado de robo. Era un navajo que había perdido a sus padres y pasó mucho tiempo deambulando sin nada que llevarse a la boca. ¿Sabe lo que hizo el juez? Dictó una sentencia simbólica y se la hizo cumplir en su propia casa. Le dio de comer y le compró ropa hasta que Slippers le dio trabajo. Slippers es el tipo más rico del Condado!

Tras una pausa el viejo siguió:

—Juzgó a otro. Con ese su mano fue más dura. Había entrado en una casa para robar y fue sorprendido por una mujer. Intentó atacarla. Bueno. Sus antecedentes no eran los de un santo. Lo mandó a cumplir condena y le echó un buen sermoncito. Es justo. Se lo digo yo. No es de los que se fían de meras suposiciones.

Siempre le gusta hablar con los presuntos culpables. Le digo que en Blanding tendrá a su mejor defensor.

El tipo dejó de hablar. Virgil tampoco le incitó a que continuara.

Pensó que quizá le convenía entenderse con el extraño juez... Por el momento no veía ninguna otra salida a su caso, aunque sin ser pesimista por naturaleza, lo era en su caso. Se sentía como un ratón atrapado, mucho más teniendo la certeza de que Blanding — el hombre en quien paradójicamente debía confiar— estaba en casa de la mujer asesinada.

Tras un buen rato de silencio, el viejo de la celda contigua volvió a hablar. Acercóse a la reja y su voz tomó un tono confidencial:

—Oye, acércate. Tengo que decirte algo.

Virgil obedeció. Se acercó a la reja. A ambos hombres únicamente les separaba el tabique de las dos celdas.

—¿Qué quiere?

—No habrás pensado en huir... ¿Verdad?

—Si pudiera hacerlo dejaría a Hokie con un palmo de narices.

—Pero serías un fugitivo. Acabarían por echarte mano.

Escucha...

Calló. Observando hacia el pasillo. Seguía desierto. Estaban solos los dos. El viejo parecía no atreverse a hablar:

Al fin bajando la voz, murmuró:

—Yo solo soy un pobre viejo, pero sé algunas cosas que me callo. No sé si me creerán, pero es posible que si te juzgan pueda ayudarte.

—¿Usted...?

—Sí, amigo. Yo sé algo de esa fulana. ¡Si hubiese tenido menos años...! Bueno, eso no importa. Pero haz por ver al juez. Le pides que me llame y yo diré lo que sé.

—¿Pero qué es lo que sabe...?

—Sólo hablaré delante de Blanding, si persisten en acusarte. No sé si eres culpable o no, pero si confías en mí...

—¿Puedo perder algo?

El viejo sonrió:

—Eso es una respuesta. Mi nombre es Higgins, muchacho. No lo olvides. Me conocen todos, tanto aquí como en Cassey Springs...

Y no fue posible sacar más cosas al viejo. Se metió en su

camastro y ni siquiera quiso comer cuando le llevaron la cena.

Contestó con cajas destempladas como si no estuviera en sus cabales.

Virgil pensó si estaba en su sano juicio. Si de veras podía creer que aquel hombre supiera «algo» que pudiera serle beneficioso para él.

La inseguridad persistía.

CAPÍTULO VII

Como predestinado a ir de sorpresa en sorpresa, a la mañana siguiente, el propio Hokie en persona le sacó de su encierro y le hizo ir hasta su despacho.

Allí esperaba una muchacha joven.

Teñía algunos rasgos que a Virgil no le eran del todo desconocidos, pero estaba seguro de no haber visto jamás a la joven.

Hokie encarándose con ella, que parecía no atreverse a mirar cara a cara a Virgil le preguntó:

—¿Y bien?

Ella negó con la cabeza.

—Mírele bien. No tenga miedo —insistió.

—No —murmuró ella tras un silencio y después de haber observado el rostro de Virgil—. No le conozco. Nunca le había visto.

Virgil no comprendía nada. Excepto que aquella muchacha era bastante agraciada y tenía un aire asustadizo.

—¿Usted tampoco la vio antes, Corcoran?

—No. ¿Quién es? —preguntó.

—Normah Smalley. La hermana de Sheila.

—No sabía que Sheila tuviera... —empezó el joven, sorprendido de tanto parentesco.

—Yo no vivo aquí —musitó ella—. Me he enterado de lo sucedido y...

—Oiga, señorita —cortó Virgil—, me acusan de la muerte de Sheila. No es verdad. Cierto que vine a verla, pero...

—¡Cállese, Corcoran! —ordenó el *sheriff*.

—Tengo derecho a hablar, *sheriff* —protestó airadamente Virgil. Su mirada al representante de la Ley era un desafío. Estaba más que harto y se le notaba en su semblante.

—Déjele, *sheriff* —pidió ella.

—Señorita... Yo... Yo estuve aquí durante el rodaje de una película. No sé si su hermana le habló de mí. Supongo que no. Yo... Bueno, se me hace difícil decirlo... No es que me alegre de lo que le ha ocurrido, pero ella demostró no sentir lo mismo hacia mí.

—Llevaba mucho tiempo sin ver a mi hermana... Desde que salí de Cheney. Ella prefirió quedarse.

—Señorita, yo le doy mi palabra que no he tenido nada que ver.

—No puedo decirle nada, señor. Yo... siento mucho lo ocurrido, a pesar de todo... era mi hermana. Deseo que se haga justicia. Si usted no es culpable, espero que... que todo se resuelva favorablemente.

Su voz se quebró ligeramente. A la actitud espontánea de Virgil se anticipó la del *sheriff*, que la tomó por el brazo:

—Sé que todo esto es muy desagradable para usted. Vamos. Uno de mis agentes la acompañará hasta Cassey Springs. Allí podrá tomar el autobús...

Virgil avanzó unos pasos:

—Señorita...

Ella se volvió a pesar de la insistencia del *sheriff* en hacerla salir.

—Oiga... ¿Hace tiempo que está usted fuera de Cheney?

—Seis meses.

—¿Conocía a algún amigo de su hermana?

—No conteste si no quiere. No tiene ninguna obligación —le previno Hokie.

—Yo... —empezó ella—. Bueno, no lo sé. Sheila era..., era un poco caprichosa, aquí no hay chicos jóvenes, si es eso a lo que se refiere.

—Pero tendría algún amigo.

—¡Basta ya, Corcoran! —exclamó el *sheriff*—. No está aquí para interrogar a nadie.

—¡Señorita! Me acusan de algo que no he hecho. Si me encadenan, no se habrá hecho justicia. El verdadero culpable seguirá suelto.

—No sé nada, se lo aseguro. No sé nada.

—Ande, vamos —insistió Hokie.

—¿Dónde vive usted? Tiene que ayudarme.

—Mi nombre viene en la guía, señor... Corcoran —musitó ella y salió de la estancia.

Enseguida entraron un par de agentes para custodiar a Virgil. Uno a cada lado de la puerta y sin apartar los ojos del sospechoso.

Hokie tardó cinco minutos en regresar. Lo primero que dijo:

—Bien, Corcoran, vamos a conducirlo a Cassey Springs. He formulado contra usted la acusación de homicidio. No tenemos pruebas de que fuera premeditado. Es todo cuanto tengo que decirle.

Virgil se abstuvo de replicar.

Los agentes le custodiaron. Fuera en la calle esperaba un coche patrulla.

Algunos curiosos se habían reunido para ver al hombre oficialmente acusado de asesinato.

* * *

Los calabozos preventivos de Cassey Springs albergaron a Virgil Corcoran como huésped único.

—¿Desea algo? —le había preguntado el encargado a su custodia.

—Si —había respondido Virgil—. Hablar con el juez Blanding.

Quería saber hasta dónde podía «confiar» en el juez. Por otra parte, debía bailar al son que tocaban. Él no había empezado el juego, pero se veía forzado a seguirlo. No tenía otra opción.

Si Blanding accedía a verle, pronto iba a saber cuál eran sus cartas y a qué debía atenerse.

La petición de ver al juez la había formulado apenas llegado a su nueva e incómoda morada, esto es, alrededor de las diez de la mañana.

Blanding, con su inconfundible figura, compareció apenas transcurrida una hora.

Pidió al guardián que les dejara solos y se hizo encerrar en la misma celda que Virgil.

El preso le observó atentamente.

Le pareció que el rostro del juez era impenetrable. Resultaba difícil, casi imposible, adivinar qué pensamientos, que intenciones tenía aquel hombre. Sus ojos continuaban siendo dos puntos luminosos, escrutadores...

—Ahora ha hecho las cosas más difícil, Corcoran —murmuró Blanding, rompiendo el silencio y después de asegurarse de que nadie podía escucharle.

—¿Por qué, juez? ¿Es que pensaba ayudarme a fugar?

—Habría sido lo mejor para todos —replicó el juez sin inmutarse.

—¿Qué clase de juez es usted?

—Procuro ser justo. Yo sé que usted no mató a Sheila Benton.

—Lástima de confesión sin testigos.

—Lo sé —repitió Blanding—, pero no puedo declararlo. ¿Comprende?

—Tradúzcamelos.

—Usted me vio allí. Tampoco le creerían si insistiera, en ello.

—Su palabra contra la mía... Con la excepción de que yo no soy juez —replicó con irónica amargura Virgil.

—Le convenía más hacerme caso cuando le visité en Cheney.

—No es esa clase de libertad la que quiero, juez Blanding. Yo no soy un asesino y no tengo por qué andar escondido. ¿Qué le impide hablar? Usted estaba allí... ¿Teme que su reputación vaya por los suelos? Creí que los jueces solo se limitaban a dictar sentencias, pero... veo que también actúan de verdugos.

—No estoy aquí para discutir con usted, Corcoran, sino para ayudarlo. Repito que ahora va a ser difícil. De todos modos lo intentaré.

Los dos hombres se miraron largamente. Virgil mostraba cierta extrañeza:

—No sé qué pensar, Blanding. ¿Quiere ayudarme porque ve en mí un peligro? ¿O acaso espera librarse de mí por otros métodos?

—Espere instrucciones y lo sabrá...

—Un momento. En Cheney conocí a un viejo. Higgins es su nombre... Creo que tiene algo que decir.

—Lo sé.

—¿Lo sabe?

—No haga más preguntas, Corcoran. Arreglaré las cosas para esta noche... Confíe en mí.

No era estupefacción ni extrañeza lo que sentía Virgil. En realidad ya de nada podía extrañarse. Ahora sentía un vivísimo interés... Todo aquello resultaba extraordinario, fuera de toda lógica, empezando desde luego porque le acusasen de asesinato.

Esperó con verdadera impaciencia a que anoheciera.

Blanding cumplió su promesa. Apareció poco antes de la cena. En la oficina estaba, el *sheriff* de Cassey Springs y dos de sus hombres aparte del carcelero de turno, servicio que solo se nombraba cuando en los calabozos se albergaba algún huésped.

El juez saludó al *sheriff*. El hombre que había detenido a Virgil en la estación.

—¿Ha averiguado algo nuevo, señor? —preguntó el policía.

El juez negó:

—Nada de particular, pero quiero agotar todos los recursos.

—Esto no es trabajo suyo, juez.

—Ese hombre —y señaló el camino de las celdas— no tiene recursos económicos. Niega su participación en el crimen. Es difícil saber si un hombre miente o no y quiero darle todas las oportunidades.

—¿Quiere que vaya alguien con usted?

—No —replicó el juez—, prefiero ganarme su confianza.

La dulzura de su voz contrastaba con la expresión de firmeza de su rostro.

—A los hombres no se les gana con amenazas. Yo sé que Corcoran acabará confiando en mí, y de un hombre confiado pueden sacarse más verdades que de uno que recela.

—Que tenga suerte, juez. Ve a abrirle la celda, Tom.

El carcelero obedeció.

El juez siguió al agente uniformado a través del corredor más largo y con calabozos a ambos lados.

En el segundo exactamente estaba Virgil.

El juez se introdujo en la celda e hizo una seña al agente. Este obedeció alejándose hasta cruzar la puerta del pasillo y cerrar.

—Voy a confiar en usted —dijo rápidamente Blanding—. Tiene que salir ahora mismo.

—¿Cómo?

El juez metió rápidamente la mano en su bolsillo y sacó una llave del tipo «Yale».

—Al fondo del pasillo a la izquierda hay un patio interior. Crúcelo. La puerta está siempre abierta. Al otro lado hay una ventana por la que podrá entrar fácilmente. Verá un taller de reparaciones. A esta hora no hay nadie. Esa llave —se la dio— abre la puerta de la calle. Fuera hay un coche, tiene puestas las llaves, tómelo y salga corriendo. Ahora ponga atención adónde debe dirigirse. Es absolutamente necesario que no tome ninguna iniciativa por su cuenta. Siga fielmente mis instrucciones.

—Está bien, siga.

El juez miró hacia la puerta, asegurándose de que el carcelero no regresaba:

—Bien. Tome la carretera de Cheney. Llegará a ella siguiendo hasta el final de la calle y torciendo a la izquierda, regresando por el paseo que sigue paralelo a la calle donde nos encontramos.

—¡Volver a Cheney!

—Exactamente. Es donde nadie le buscará. Diríjase hacia Flower Road.

—¿Eh?

—Exactamente lo que está pensando. A casa de Sheila Benton. Puede llegar sin utilizar la calle principal.

—Oiga, pero...

—Es su oportunidad, Corcoran. Lo hago porque sé que no es un asesino... Luego me reuniré con usted en el sótano... Eso es importante. No entre en el piso, sino en la planta baja. Antes había sido un almacén. Sheila no lo utilizaba. Métase ahí. En el centro hay una trampa de madera que conduce al sótano. Baje y no se mueva hasta que venga.

—Y voy a meterme en una trampa mayor.

—Elija entre esto o esperar el juicio... Y le aseguro que no saldrá bien parado, Corcoran. Lo sé porque yo voy a ser su juez.

—¡Me da muchas oportunidades!

—Hágame caso, pero desde luego si intenta huir por su cuenta no llegará muy lejos. El coche no tiene gasolina ni para llegar al primer surtidor, así que le echarían el guante y con ello solo conseguiría agravar su situación.

—Todo calculado —murmuró Virgil.

—¿Qué decide?

—Seguiré su juego, Blanding.

—Deme su palabra de honor.

—¿Creerá en ella? ¡No me diga! Esto parece sacado de un film cómico.

—Le aseguro que todo esto es muy serio, Corcoran... Y para su tranquilidad voy a decirle algo... Yo tampoco maté a Sheila Benton.

Había en su tono un rasgo de sinceridad.

Aunque después de todo, pensó Virgil, en aquellos momentos poco importaba que el juez le mintiera o no. No tenía más opción que hacerle caso y seguir su juego. Sin pruebas a su favor, iba a sentirse más aliviado fuera de aquellas rejas y quizá podría servirle para practicar algunas averiguaciones por su cuenta.

CAPÍTULO VIII

Todo se llevó a cabo tal y como lo había planeado Blanding. Llamó al carcelero.

Al oír la voz de Blanding, el agente salió de detrás de la puerta y procedió a abrir la celda.

En aquel momento Virgil empujó al juez.

La puerta estaba ya abierta. El juez fingióse sorprendido por el empujón y cayó materialmente sobre el carcelero que todavía no había soltado las llaves.

La breve confusión fue aprovechada por Virgil, que siguiendo fielmente las instrucciones se abrió paso con un nuevo empujón, corriendo hacia el fondo.

Torció a la izquierda y vio la puerta que le indicara Blanding.

Tras él, el recuperado guardián intentaba desenfundar su revólver.

Era un riesgo que debía correr a pesar de la promesa de Blanding de impedir que el guardián utilizara el arma si él se ponía a tiro.

De cualquier modo, Virgil no acababa de fiarse y por esto su huida no era ficticia sino real.

Abrió la puerta y al encontrarse en el patio se lanzó contra la ventana sin molestarse a echar hacia arriba el cristal.

Cubriéndose la cabeza, recordando sus tiempos de «extra» atravesó el vidrio, que cayó hecho añicos.

Dentro del taller de reparaciones se levantó rápidamente y corrió hacia la puerta, cuya llave le había entregado el extraño juez.

En escasos segundos estuvo en la calle. El coche, con las llaves puestas, estaba ahí. Sólo tuvo que abrir la portezuela y meterse en el interior.

Cuantío el guardián con otros esfuerzos y el juez llegaron a la calle, Virgil Corcoran doblaba ya la esquina.

Se dispuso la persecución, pero el fugitivo había alcanzado la montañosa carretera de la aldea de Cheney.

¡Nadie podía imaginar que tomara aquella ruta!

Nadie... porque ir a Cheney era como meterse en la ratonera.

* * *

Llevaba cosa de diez o doce minutos en la planta baja de la casa de Sheila. Era un viejo almacén lleno de polvo y suciedad, cajas de embalaje medio podridas, algunos barriles, herramientas.

Lo repasó todo cuidadosamente y luego se metió en el sótano utilizando la trampa colocada en el suelo.

Se alumbró con dos viejos quinqués de petróleo.

Mientras aguardaba; pensó que aquel sótano debía de ser utilizado con alguna frecuencia. Los quinqués estaban llenos y algo imperceptible, inconcreto, daba la impresión de que no era un lugar completamente deshabitado.

Virgil se había sentado sobre un taburete y allí pasó algunos minutos fumando con la mirada perdida. Todavía no podía comprender la actitud del juez ni cómo acabaría todo aquello, cuando le pareció oír algunos pasos. Se levantó expectante.

¿Sería el juez?

¿Tan pronto?

Aguardó pegado a la pared que le protegía el cuerpo y podía mirar sin ser visto.

La tapa de madera se levantó y los pies de un hombre aparecieron en lo alto de la escalera de mano.

Conteniendo la respiración, Virgil vio al hombre descender lentamente los barrotes de madera.

No. No parecía el juez...

El hombre llegó abajo y con la mirada abarcó todo el sótano. Indudablemente buscaba a alguien.

¿A él, a Virgil?

¿Quién era aquel tipo?

Al acercarte a la luz del quinqué colgado de la pared, Virgil le reconoció enseguida.

¡Higgins!

¡El viejo borracho!

Virgil salió del hueco que formaba la pared de ladrillo. El viejo se volvió y esbozó una sonrisa.

—¿Todo bien, amigo? —preguntó con naturalidad.

Virgil creyó comprender.

Aquel hombre «trabajaba para el juez».

—Usted ya sabía que yo estaba aquí —replicó.

—Lo esperaba, desde luego —asintió el viejo.

—¿Qué se traen entre manos el juez y usted?

—Paciencia, muchacho, ya lo sabrás...

—¿No les parece a ustedes que ya está bien de «suspense»? Están jugando conmigo.

—Al contrario. Intentamos salvarte.

—No comprendo una palabra. Pero ya me estoy cansando.

El viejo avanzó hacia el taburete y lentamente comenzó a cargar su pipa. No parecía tener muchas ganas de hablar. Bien al revés que cuando estaba en la celda del calabozo. Virgil le miró un instante y masculló:

—Usted no parece el mismo borracho a quién conocí esta tarde. Hasta juraría que todo aquello fue una comedia.

—Buen observador —sonrió el viejo.

—Entonces...

—Ya te he dicho que tengas calma, hijo. Todo llegará. Es el juez Blanding quien lleva todo esto.

—¿Qué lleva qué?

—Nada puedo decirte. Siéntate...

—No voy a pasarme la noche aquí. Yo no soy ningún criminal y el juez lo sabe. El mismo me ha dicho...

Se interrumpió. El viejo encendía su pipa sin demostrarle demasiada atención.

—Un borracho que no es borracho —masculló Virgil—. Y un juez que... ¡Apuesto a que ni es juez!

—En eso perderías, muchacho. Blanding es juez, y de los buenos.

—Usted dijo antes que solo llevaba un par de meses aquí. ¿O también mintió en eso?

—Verás... Blanding lleva dos meses ahora. Pero ya estuvo anteriormente. Cuatro años. Fue su primer nombramiento. Luego le

trasladaron a lugares más importantes, hizo una buena carrera... Y al fin volvió entre nosotros. —El viejo que había estado dialogando sin dejar de mirar su pipa, se volvió hacia Virgil para añadir—: En serio, Virgil; Blanding es juez.

—¿Y quién mató a la chica? Él también asegura que no.

—Eso no es asunto mío.

Impaciente, Virgil encendió otro cigarrillo. Dio unas chupadas mientras paseaba nerviosamente.

—¡Ni mío! —exclamó— tirando el cigarro contra la pared—. ¡Maldita sea! ¿Por qué se me ocurrió fijarme en Sheila? ¡Me estoy preguntando qué diablos hago en este maldito pueblo!

—A veces no podemos elegir nuestros caminos, muchacho, pero no desesperes. El juez confía en ti y eso es algo.

—¿Confía? ¡No! Si al final tendré que agradecerles...

El viejo le cortó:

—De no ser por él te habrías visto en un buen lío, muchacho. En un buen lío. —Y se levantó, yendo hacia el rincón de la parte opuesta. Apartó una gruesa caja de madera vacía y apareció un estante donde había varias botellas, y algunos vasos. Al lado un rudimentario lavabo y un grifo. Tomó un vaso y una botella y los mostró a Virgil—. Toma. Bebe algo. Creo que lo necesitas.

—¡Vaya! Veo que no falta de nada.

Virgil se sirvió un trago y no pareció extrañarle en absoluto que el viejo no le acompañara:

—¿A que resultará que es abstemio?

—No. Pero casi, casi. Anda, bebe...

Más desconcertado que nunca Virgil bebió de un trago el contenido que él mismo se había servido.

Luego la espera continuó. Era inútil intentar sacar nada más del viejo, que seguía con su aire ausente y tranquilo.

El juez Blanding tardó todavía una hora en llegar, y no lo hizo solo.

Lo primero que vio Virgil al levantarse la trampa del techo fueron unas piernas, unas preciosas piernas de mujer.

Su asombro fue mayúsculo cuando la luz dio en el rostro de la joven que acompañaba al juez.

¡Era Sheila Benton!

Quedó atónito. Con la mirada fija en la joven. ¡Era ella! Sí. Ella.

Por absurdo que resultase, Sheila estaba allí. ¡Viva!
Y él la había visto muerta. Estrangulada.
Y sin embargo, allí estaba, frente a él. Mirándole.
—No... No puede ser... —murmuró—. Sheila...

CAPÍTULO IX

Blanding negó con la cabeza.

Virgil seguía atónito, mirando a la joven.

—No, señor Corcoran —murmuró el juez—. No es un fantasma.

—Entonces... ¿Es realmente Sheila? ¡No ha muerto! ¿Qué significa todo esto?

—Por Dios, no pregunte todo a la vez —replicó el juez.

«Sheila» seguía silenciosa. Virgil seguía mirándola como una aparición.

—Han representado ustedes una comedia... —murmuró.

—Desgraciadamente no fue una comedia, señor Corcoran —replicó Blanding—. Sheila Benton murió efectivamente anoche. Usted vio su cadáver de verdad.

—Entonces... —murmuró interrogadoramente.

—Esta señorita no es Sheila.

La joven añadió por su cuenta:

—Mi nombre es Betty Trevor.

—¿Betty Trevor?

El asombro de Virgil había llegado al límite. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Quién era aquella Betty Trevor, si es que realmente se llamaba así?

—El parecido es extraordinario, como usted podrá observar —siguió el juez.

—¡Y tanto! Pero...

—No... No hay truco, ni mascarillas de las que usan en los estudios de Hollywood ni nada de esto. Simplemente un pequeño retoque de maquillaje. Pero suficiente para que usted se confunda. Y es la segunda vez que lo hace.

—¿Cómo...? —preguntó Virgil, que tenía la sensación de estar viviendo una pesadilla.

—Sí, señor Corcoran. Anoche también se confundió usted

cuando llegó y la vio conmigo. Se imagino cosas... Era exactamente lo que queríamos.

—¿Queríamos? ¿Quiénes?

—Señor Corcoran —siguió el juez—, tengo que pedirle su palabra de honor, y usted me la va a dar... Habría preferido no mezclarle en esto, pero las circunstancias lo han querido así —hizo una pausa y añadió—: Quiero su palabra de honor de que todo cuanto le diga va a quedar entre nosotros cuatro.

—No le comprendo, pero no me gusta dar mi palabra sin saber si puedo cumplirla o no.

—Podrá. Le digo yo que podrá. De todos modos es libre. Sí se niega... me verá obligado a tomar ciertas medidas, poco agradables, pero imprescindibles para la buena marcha de este asunto.

—Supongo que una vez más tendré que acceder. Usted siempre se las arregla para que no me quede otra alternativa que hacer lo que me diga.

—La culpa no es mía. De todos modos consuéllese pensando que colaborando hará un bien a la sociedad.

—No me salga con que ahora es policía... —sonrió—. Hice una vez un papel en una película que el malo resultaba ser el policía. Quiero decir que la intriga no estaba en descubrir al ladrón, sino al revés.

—No voy mucho al cine, pero le aseguro que esto no tiene nada que ver con ningún argumento de película.

—Entonces... ¿Es policía de verdad?

—Pertenezco al FBI —replicó lentamente el juez—. Naturalmente, no llevo ninguna credencial. Para este trabajo sería peligroso... Para ejercer como juez no la preciso, puesto que realmente lo soy, pero no he venido hasta Arizona para administrar justicia. Este ha sido solo el pretexto. Mi verdadera misión es otra.

—Bueno... Esto empieza a ponerse interesante. Siga —sonrió Virgil, tomando asiento en una caja.

Betty se sentó también. Blanding se quedó en pie encendiendo un pitillo. El silencioso viejo Higgins seguía fumando su pipa.

—Como usted recordará, mientras se rodaba una película aquí en Cheney se cometió un importante robo en el Banco...

—Y todavía no han recuperado el dinero —adujo Virgil, ampliando su sonrisa y añadiendo—. Y usted, está aquí...

—Exactamente, señor Corcoran.

—¿Y cree que el dinero sigue en Cheney? Apuesto a que al cabo de tanto tiempo los ladrones lo habrán dilapidado.

—Se equivoca... Tenemos motivos más que sobrados para creer que el dinero no se ha movido de aquí. Es más conocemos a uno de los ladrones.

—Entonces...

—No se impaciente, Corcoran. Déjeme hablar...

—Un momento, juez... o inspector, o lo que sea. Antes ha dicho que anoche me confundí con Sheila... Quiso decir que la mujer que yo vi arriba y que estaba con usted no era Sheila.

Blanding negó:

—No. No era Sheila. Era Betty.

—¿Y por qué representaron esa comedia en mi honor?

—Quería saber cómo reaccionaría usted, si como un enamorado o como un cómplice.

—O sea que sospechaban que yo...

—Siempre hemos tenido la convicción de que el golpe fue planeado por alguien, o algunos, de los que tomaron parte en el rodaje del film.

—Pero esto es increíble...

—No tanto, Corcoran, no tanto. En un pueblo como éste en que la gente se conoce de toda la vida es difícil que de pronto surja un atracador así por las buenas. El trabajo en cuestión parecía calculado de antemano y los acontecimientos nos han venido dando la razón.

—¿Qué acontecimientos?

—Señor Corcoran, toda investigación debe partir de una base. Así que equivocados o no, debíamos trazarnos un plan y el primero fue seguir los pasos a todos cuantos participaron en el rodaje de la película y permanecieren aquí durante aquellas ocho semanas que tan sonado epílogo tuvieron. —Tras una pausa, Blanding continuó —: Nos interesaba saber si alguien gastaba más de lo normal o si se portaba de algún modo que infundiera sospechas. Naturalmente, nuestra atención principal recayó sobre los menos afortunados económicamente, como usted...

—Muchas gracias —sonrió irónico Virgil.

—También procuramos averiguar, claro está, todos los datos

posibles de la gente a quién vigilábamos. Entonces supimos que una persona había vivido en Cheney durante bastante tiempo. Esto podía ser un dato. Alguien que conociera el pueblo y esa costumbre del Banco de recibir la remesa de las compañías mineras muy bien podía planear el golpe... En fin, sintetizando la cuestión, la persona a que nos referimos dio muestras de una absoluta normalidad en su conducta y costumbres y así llegamos a un punto en que todos nuestros esfuerzos de más de un mes parecían venirse abajo hasta que surgió el detalle fugaz, la circunstancia imprevista que nos indicó que íbamos por buen camino.

Blanding tiró al suelo el cigarrillo y lo aplastó con la suela de uno de sus zapatos.

Virgil estaba verdaderamente interesado.

Blanding prosiguió:

—Apareció en escena la señorita Betty Trevor. Ocurrió que durante un par de noches, Betty observó que un individuo la seguía. Al principio pensó que se trataba de algún posible pretendiente. Sin embargo, se sentía un poco inquieta y su inquietud aumentó cuando a la tercera noche el mismo individuo la abordó en la escalera... ¿Qué fue lo que le dijo, Betty?

La muchacha, reemplazando a Blanding, prosiguió:

—Me preguntó qué estaba haciendo en California, que regresara a Cheney. Le dije que se confundía y trató de besarme. Me defendí como pude y subí a mí apartamento. Confieso que estaba un poco asustada, pero pensé que aquel individuo ya no volvería a molestarme y durante un par de días no volví a verle, pero después...

—Apareció de nuevo —murmuró Virgil.

Ella asintió:

—Sí. Más o menos me dijo lo de la otra noche, y yo le amenacé con avisar a la policía. Él se marchó profiriendo amenazas y aquella noche llamé al padre de una amiga mía, que pertenece a la Brigada de Homicidios. Hizo que me protegieran.

—¿Y el individuo volvió? —preguntó Virgil.

Continuó Blanding:

—Volvió, y al darse cuenta de que la policía protegía a Betty trató de escapar. Le persiguieron y en la huida fue a parar bajo las ruedas de un camión.

Virgil arqueó las cejas, luego sus ojos se agrandaron como recordando el incidente:

—¡Andrew Jackson!

El policía asintió.

—Uno de los fotógrafos de la productora. Recuerdo que comentamos su accidente. Pero nada se dijo que la policía...

—No —cortó Blanding—, porque al llegar hasta nosotros la noticia, fuimos al hospital a interrogar a ese hombre. Desgraciadamente apenas podía hablar. Quiso morir liberando su conciencia y solo consiguió decirnos unas pocas palabras. Habló de Cheney, del Banco, del atraco y nombró a Sheila Benton.

—Comprendo...

—Uno de nuestros agentes vino a hacer una investigación, aunque en realidad lo que le interesaba era conocer a la Benton. Al verla y comprobar que su rostro era prácticamente idéntico al de Betty, comprendió que Andrew Jacobs se había confundido. Por nuestra parte ya teníamos todo lo que precisábamos saber con respecto a Betty, — que quedaba fuera de sospechas. Y ahí entro yo en escena. Se arregla todo para que me nombren juez de Cheney, pero en realidad lo que hice fue intentar acercarme a la muchacha.

Virgil interrumpió brevemente:

—¿Es verdad lo de que la vigilaban?

—Sí, es verdad. El *sheriff* no le mintió. Y tengo que advertirle que él y el jefe de la policía de Cassey Springs ignoran mi verdadera personalidad.

—Ya —murmuró pensativamente Virgil.

—Bien, sigamos —adujo el juez Blanding—. Precisamente el hecho de que vigilaran a Sheila era un hándicap para mí. No hubiese resultado muy correcto que un juez tratara de ver a solas a una chica como la Benton. Verla a solas de un modo extraoficial... En fin, a pesar de todo lo conseguí.

—Entonces... ¿Usted la visitaba con frecuencia? —interrogó Virgil.

—Pues sí... Sé cómo tratar a esa clase de chicas y perdóneme...

—Ahora ya qué más me da —exclamó Virgil.

—No era lo que se dice una muchacha muy recomendable. Se lo aseguro.

—Siga.

—Intenté ganar su confianza. Ella me creía un solterón respetable con ganas de divertirse de vez en cuando y la amistad de un juez nunca está de más, sobre todo si se tiene algo que ocultar.

—Ella... ¿Está liada con lo del atraco?

—Lo estaba. Es casi seguro.

—Bien... ¿Y lo de anoche?

—Era mi día de verla. Fui como siempre aprovechando el lapso de tiempo en que la casa queda sin vigilar. Llegué pocos minutos antes que usted y... la encontré muerta.

—Pero... —interrumpió Virgil.

El policía le atajó:

—Señor Corcoran, va usted a saber algo que hasta el momento solo hemos conocido tres personas. Usted va a ser la cuarta. No puedo elegir y por esta y otra razón me veo precisado a pedir su colaboración.

—Imagino que es inútil discutir este punto.

—Pues... digamos que ante las presentes circunstancias no le queda mucho por dónde elegir.

—Bien, sepamos el resto de la historia.

La sirena del coche patrulla pudo oírse hasta el sótano.

Virgil pensó que le estarían buscando. Nada dijo. Sin embargo, Blanding pareció leer sus pensamientos.

—Este es un riesgo que deberá correr —sonrió.

—¿El de la policía? —preguntó él.

—Sí... Si colabora, seguirá siendo un fugitivo. Es necesario.

—Y hasta deberé exponer mi piel. ¿No es eso?

—Bueno, espero que no llegue a producirse ese extremo. Virgil sacudió la cabeza.

—¿Por qué diablos tuve que fijarme en Sheila Benton? —se preguntó una vez más.

CAPÍTULO X

La conversación prosiguió.

El viejo Higgins preparó café, siempre silencioso, y Blanding fue explicando a Virgil Corcoran todos los detalles de aquel asunto.

—Como le dije, cuando llegué al piso de arriba, Sheila Benton acababa de ser asesinada. Estrangulada. La casa estaba en perfecto orden, lo cual indica que ella debía conocer bien al asesino. Se confió, y por supuesto ni siquiera llegó a imaginar la agresión hasta que se encontró con las manos del criminal apretándole el cuello.

—¿Y cómo se las arregló para llamar a su doble? —inquirió Virgil mirando a Betty.

No apartó su mirada de ella. No. Quizá ahora que llevaba un buen rato a su lado, hubiera debido darse cuenta de que, realmente, Betty y Sheila tenían algún punto que las diferenciaba, pero no era así. Betty tenía la misma faz. Era idéntica en todo, hasta en sus formas. Era un caso extraordinario su gran parecido físico con la muerta.

—Betty lleva solamente tres días aquí —explicó el policía—. Vivía escondida en el sótano.

—¿Y cómo pensaba utilizarla?

—Supusimos que Andrew Jackson, el cameraman muerto en accidente, no era el único cómplice del atraco al Banco de Cheney y, por consiguiente, al creer ver a la Benton en Los Ángeles, hablaría de ello con alguno de sus cómplices. Desgraciadamente, no pudimos saber quién o quiénes eran, pero deducimos que los cómplices de Andrew Jackson tratarían de ponerse en contacto con la Benton.

Hizo una pausa y prosiguió, tras humedecerse los labios con la punta de la lengua:

—Como Sheila Benton solía levantarse muy tarde por las mañanas...

Virgil asintió con La cabeza.

—... Mi plan era que quiénes pudieran vigilarla para hablar con ella a solas tuvieran una oportunidad. ¿Va comprendiendo?

—No.

—Muy sencillo. Mientras Sheila dormía, Betty fingiría ser ella y saldría a pasear, alejándose lo suficiente del pueblo y dirigiéndose hacia cualquier lugar solitario para dar pie a cualquiera de los componentes de la banda a que hablara con ella.

—¿Y usted aceptó ese riesgo? —preguntó Virgil, mirando otra vez a la muchacha.

—Sí. Y no me arrepiento —replicó ella.

—Bueno, si su padre es policía...

—Mi hermano también lo era. Murió en manos de unos criminales.

—Y usted lo lleva en la sangre.

—No nos desviemos —aconsejó Blanding.

—Siga, siga. ¿Consiguió algo de su estratagema? —preguntó Virgil.

—No. Durante los tres últimos días nadie se acercó a Betty. La teníamos bien vigilada para evitarle todo posible peligro, pero... Yo estaba seguro de que ella, la Benton, estaba nerviosa. Sabía que iba a venir alguien. Incluso de un modo casual le pregunté si le ocurría algo, pero ella negó. —Hizo una transición para añadir—: Que vino ese «alguien» es bien cierto. Porque la mató.

—Sabíamos que usted iba a venir. ¿Recuerda que le hablé antes de nuestro interés por algunas de las personas que tomaron parte en el rodaje de la película?

—¡Y yo sin enterarme! —bromeó Virgil.

—De todos modos —siguió el policía—, estaba enterado de su idilio con la Benton y esto, aunque no le descartaba totalmente de estar complicado en el asunto, era una baza a su favor. Representamos la comedia para saber cómo reaccionaría.

—Menos mal que usted la encontró muerta primero —sonrió en tono festivo Virgil.

—Sí. Usted no pudo ser. Por la hora en que llegó su tren, en fin, por todo. Usted no pudo ser.

—Pero, el *sheriff*...

—El *sheriff* Hokie no tiene más sospechoso que usted y a no ser

por mí interés por la Benton, yo también —es posible— creería lo mismo.

—Pues aún, puedo considerarme afortunado —siguió Virgil en el mismo tono.

—Desde luego. Le habría costado mucho probar que no era usted su asesino. Son casualidades, pero éste ya es otro cantar.

El viejo Higgins sirvió otra taza de café a los reunidos. Virgil aprovechó para preguntar:

—¿No será también policía?

—No. Sólo un buen amigo, de los tiempos que yo era juez aquí... Sé que puedo contar con él.

—Bien, ya tiene usted un borracho...

Higgins le miró de reojo y Virgil se apresuró a añadir:

—Un borracho «oficial». Un fugitivo también «oficial» y la «chica» como en las películas. Nunca puede faltar la chica.

—Lo toma usted muy a broma, señor Corcoran —replicó Blanding—. ¡Oh! no tengo nada contra los que profesan buen humor, pero éste es un asunto más serio de lo que parece a simple vista.

—Bueno. Ochocientos mil dólares es una buena cifra.

—Hay algo más que esto, señor Corcoran...

Virgil arqueó las cejas.

—Con ser el dinero importante hay otra cosa que nos preocupa fundamentalmente.

—¿Y puedo saberla? —preguntó Virgil, tras una pequeña pausa.

—Unas huellas dactilares.

—Creí que habían usado guantes...

—No son profesionales, señor Corcoran. A los profesionales, aunque a veces a la policía les cuesta detenerlos, siempre es más fácil dar con ellos. Los que empiezan son los peores, porque sus huellas, si las dejan, no nos conducen a ninguna pista.

—Pero, por lo visto, tiene unas.

—Sí. Unas que no están en los ficheros de la policía del país, sino en el Servicio de Seguridad.

—¿Servicio de Seguridad?

—Sí, señor Corcoran. Uno de los asaltantes cometió un error, aunque él no lo sabe, ni lo sabía cuándo actuó sin guantes.

Virgil Corcoran, vivamente interesado, esperó a que Blanding

prosiguiera. Y lo hizo lentamente:

—Es un espía.

—¿Eeeh?

—No un espía profesional, pero sabemos que, por lo menos, dos veces robó unos importantes documentos que ahora no hacen al caso. Esto fue hace dos años. Desde entonces hemos podido atrapar a un agente enemigo y ha confesado... Pero ignora por completo el nombre de la persona que sustrajo los documentos. A veces nuestros enemigos se valen de hombres sin escrúpulos elegidos al azar para determinado trabajo, luego entregan el producto de «su gestión» a un enlace en una esquina y ahí termina su trabajo, por eso no hemos podido cazarle todavía.

—Pero en los lugares donde se guardan secretos solo tendrán acceso determinadas personas. Ustedes pueden averiguar...

—Señor Corcoran, a veces los secretos viajan... Una vez el robo fue efectuado en un aeropuerto; una cartera con documentos que alguien cambió muy hábilmente. Y otra vez fue en un hotel de París. Nuestro personaje asesinó al hombre que llevaba un microfilm que debía entregarnos. Se nos anticipó... ¿Va comprendiendo?

—¿Y es el mismo que supone mató a Sheila?

—No. Este utilizó guantes, lo cual le descarta. No tendría objeto llevarlos ahora.

—Bien... Este es un pueblo más que pequeño. Un forastero se ve a la legua. Quien quiera que matara a Sheila...

—No es forastero —puntualizó Blanding.

—Entonces... Si según ustedes el atraco fue cometido por algunos de los que formaban parte del equipo de la productora y ese asesinato está relacionado con el atraco no concuerda.

—Eso es lo extraño, señor Corcoran. En Cheney no hay más forastero que usted y que Betty, claro, pero Betty no ha sido vista aún. Es decir, la han confundido con Sheila.

—Pues si no hay ningún forastero, es en el pueblo donde deben buscar.

—Ahí está el misterio, señor Corcoran. Nos hallamos ante alguien que parece tener el don de la ubicuidad... Lo mismo está en Hollywood que en Cheney, es decir a más de mil millas.

—Esto es absurdo —murmuró Virgil.

—En principio lo parece, pero es posible que con su ayuda podamos llegar más lejos.

De pronto, Virgil tuvo una idea.

—Escuche... Si uno de los atracadores, el que dejó las huellas, es el espía que robó los documentos en París y en un aeropuerto y se supone que ese individuo tomaba parte en el rodaje de la película, sólo tienen que averiguar quién pudo estar, del mismo equipo, en París en la fecha que ocurrieron los hechos.

—¡Oh! Gracias por su consejo señor Corcoran ¿De veras cree que no lo hemos hecho?

—Sí, claro... Debí suponerlo.

—Frank Bakerly, el productor de la película por aquellas fechas, rodaba en una de las islas Hawái una película de piratas, hemos podido comprobar que unas sesenta personas de las que estaban con él entonces rodaron en Cheney este verano, esto las descarta totalmente. Tampoco Andrew Jackson era nuestro hombre. En fin, para abreviar; solo nos quedan dos sospechosos: Perry Flowey, el segundo operador y Harry Stonne, guionista de los estudios.

—Les conozco a los dos, pero no puedo imaginar que...

—Son solo sospechosos, señor Corcoran.

—Bueno... existirá algún medio de tomarles las huellas dactilares, supongo.

—Ya lo hemos hecho. Ninguno de ellos es el hombre de las huellas.

—Entonces...

—Pueden ser sus cómplices y ellos nos llevarán hasta el culpable.

—¿Los tienen vigilados?

—A Harry Stone sí. Aparentemente, hace una vida normal. Ninguna amistad sospechosa, ningún viaje, ninguna llamada anormal...

—¿Y Perry?

—Perry Flowey, usted debe saberlo, se marchó hace cosa de tres meses. Dijo que le habían contratado en Europa, sin embargo, no hemos podido localizarle. De todos modos, si viene aquí no le perderemos de vista.

—Recuerdo que antes aseguró que el dinero no se había movido de Cheney...

—Y es cierto. Está escondido. Una noche, Sheila estuvo a punto de decírmelo. Había bebido bastante y... Bueno, no hubo suerte, pero yo tuve el convencimiento de que ella lo sabía. Aquí no faltan lugares a propósito. ¿No ha contemplado nunca el gran cañón desde la colina?

Virgil comprendió. No. No faltaban lugares para dejar el dinero después de dar el golpe y recogerlo cuando el asunto se hubiese olvidado.

Todo aquello empezaba a interesarle. Puro afán de aventura, o de curiosidad. Quizá la oportunidad que tanto había esperado estaba allí, ayudando al hombre del FBI.

Como actor nunca había tenido suerte, a pesar de que nadie le regateaba méritos ni ponía en duda su valía. Pero la complicada máquina de Hollywood, con sus intrigas, con sus pequeños tinglados había terminado por absorberle.

Él —Virgil Corcoran—, siempre se había tenido por hombre íntegro. Sabía que algún día llegaría a triunfar y lo haría por sí mismo... Bueno, por lo menos, estos fueron siempre sus sueños, luego el tiempo fue pasando, algunos a los que creyó amigos le volvieron la espalda, preocupándose solo de sí mismos, dejándole en la estacada, como Olga Sorenson cuando ya lo tenían todo preparado para lanzarse a conquistar la fama. Ella no quería empezar desde abajo. Puso de su parte todo lo que puede poner una mujer para tener su oportunidad y Bakerly se la dio...

Sí. Virgil había visto desaparecer muchas veces, demasiadas, la suya, pero aún no se daba por vencido. Así y todo, como actor, las cosas no le seguían siendo propicias...

Últimamente tenía otros planes, había escrito algunos relatos e intentaba probar fortuna en la televisión. Tenía ya algo aprobado. En principio, y como desconocido, tendría que atenerse a ocupar un puesto en el montón, con poco dinero y todas las peripecias propias de quien tiene que conformarse; pero era algo, y entre lo uno y lo otro iría tirando sin perder las esperanzas.

Eso fue lo que le había llevado a Cheney. Quería hacérselo saber a Sheila. A la chica que él creyó digna y cuya verdad acababa de descubrir.

Pero quizá de la desgracia nacería la suerte y la nueva vida, la oportunidad estaba allí. Sí. Puede que estuviera a dos pasos de la

notoriedad. ¡Y podía conseguirlo nada menos que ayudando a la policía!

Tampoco influyó demasiado el egoísmo natural. La decisión de aceptar era casi obligada. Aun así, él jamás hubiese dado su conformidad de no tratarse de una causa justa, de algo que, además, tenía el encanto de lo desconocido.

En el fondo, Virgil Corcoran, como todo hombre, tenía a un aventurero dentro de sí.

Por eso preguntó, decidido:

—¿Cuál debe ser mi papel en todo esto?

—Muy fácil. Deberá marcharse de aquí. Le facilitaré lo necesario para que pueda salir sin que la policía sospeche. Usted cuide de modificar su rostro... por si acaso; como actor, no le resultará nada difícil darse unos toques de maquillaje.

—No. Desde luego. Pero, ¿cuál va a ser mi destino?

—Hollywood.

—¿Eh?

—Sí. Trate de reanudar su vieja amistad con Olga Sorenson.

—¿Con Olga? ¡Oh! No querrá saber nada...

—Aunque oficialmente sea la novia de Bakerly, tiene otros amigos.

—Sí. Lo sé. Pero todos son de millonarios para arriba.

—Bueno... Usted también podrá presumir de dinero.

—¡Ah! ¿Sí?

—Le será asignada una cantidad para que pueda acercarse a ella sin temor al ridículo...

Virgil frunció el entrecejo.

Blanding aclaró:

—Teniendo en cuenta que los periódicos locales darán la noticia de su fuga y le designarán como único sospechoso de la muerte de Sheila Benton, tendrá usted que tomar precauciones, pero no importa que la Sorenson sepa que usted tiene «mucho dinero».

—Pero ella... no es sospechosa, ¿verdad?

—No estamos seguros. De cualquier modo, la Sorenson no es de las que se destacan por saber guardar un secreto.

—Entiendo. Voy a servir de cebo.

—Algo por el estilo. Lo importante es que los culpables crean que usted estaba de acuerdo con la Benton y...

—... Que he dado con el escondrijo del dinero —concluyó la frase Virgil.

—Exactamente. ¿Podrá hacerlo?

—Creo que sí. Pero, ¿qué hago si la policía me detiene?

—Bueno, mi departamento intervendrá hasta donde sea posible. California y Arizona tienen leyes distintas, tenemos que intervenir nosotros... De todos modos no se confíe. Tiene que ser un fugitivo a todos los efectos. Esto es sumamente importante para que la gente que buscamos caiga en la trampa.

—Bien. Espero que como novato sepa cumplir.

—Recibiré noticias mías. En todo momento informará a la persona que oportunamente se dará a conocer, respecto a cómo van las cosas.

—¿Cómo conoceré a esa persona?

—Mediante una contraseña. Le pedirá fuego —observó en aquel momento Virgil encendía un cigarrillo con un encendedor—. ¿Siempre usa encendedor? —preguntó.

—Sí...

—Bien, pues la persona que yo designe le pedirá fuego, y cuando usted le ofrezca el encendedor le contestará que prefiere cerillas, porque son más seguras. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Pues manos a la obra. Voy a dejarlo aquí esta noche —consultó el reloj—. Antes del amanecer tendrá un coche a la puerta. El «jeep» de Higgins. El conducirá. Usted se esconde bajo unas mantas en la parte trasera.

—¿Tengo que pasar aquí la noche?

—Sí. Betty le acomodará. ¿Le importa? —preguntó el policía mirando a la muchacha.

—No, por supuesto —replicó ella.

—Entonces ya no hay más que hablar. Adiós y hasta la vista.

El juez, seguido del silencioso Higgins, desaparecieron después de ascender los barrotes de la escalera que conducía a la planta principal.

A solas con la muchacha, Virgil la miró largamente.

Sí. Tenía idéntico atractivo que la Benton, solo que parecía más seria. Sí. Más comedida.

CAPÍTULO XI

Betty le condujo a través de una puerta disimulada con unos barrillos. Pasaron al interior de una sala partida en dos por un tabique.

La joven le mostró un camastro.

—Puede acomodarse aquí. Yo duermo en la otra parte.

Virgil miró la puerta que separaba ambas habitaciones subterráneas. No había cerrojo.

—¿No tiene miedo a...?

—¿A los ladrones, señor Corcoran? —cortó ella con intención.

—Hay muchas clases de ladrones.

—Qué descanse, señor Corcoran. Por si acaso, tengo un arma. El inspector Blanding me la dio para que pudiera defenderme.

—¡Oh! Comprendo...

—Descanse. Le conviene. Tiene que hacer un largo viaje, señor Corcoran.

A Virgil le pareció que ella hablaba con un cierto retintín cuando le llamaba «señor Corcoran».

—Oiga... Somos eventuales colegas. Puede llamarme Virgil. Ese es mi nombre.

—Buenas noches, señor Corcoran —fue la escueta respuesta de ella en el instante que hacía intención de cerrar la puerta.

—Me parece que no le soy simpático.

—¿Tiene que serme simpático, señor Corcoran? No creo que esto entre en el trabajo.

—Somos voluntarios. Al menos, yo...

—Puede que no volvamos a vernos.

—Por mí no quedará, y la verdad es que lamentaría que nuestro encuentro terminara aquí.

—¿Porque le recuerdo a Sheila Benton?

—No le negaré que mirándola a usted es como si la viera a ella,

pero algo de distinto debe haber entre las dos.

—Por supuesto, señor Corcoran. Yo no soy como «ella», aunque mi parecido sea idéntico.

—Lo celebro —sonrió él, guiñándole un ojo.

Ella iba a cerrar de nuevo, pero una vez más el pie de Virgil se lo impidió.

—¿Qué quiere ahora?

—Puesto que voy a tomar parte en la función, usted ya no tendrá nada que hacer aquí. Si puedo evitarle peligros innecesarios...

—Estoy a la disposición del señor Blanding. El decidirá. Buenas noches.

Virgo iba a protestar de la rapidez que demostraba la muchacha en terminar la conversación, pero acabó resignándose, encogiendo los hombros resignadamente. Betty, decididamente, aun siendo el vivo retrato de la otra, era en el fondo diametralmente opuesta.

Por su parte, la muchacha estuvo un momento junto a la puerta como si temiera que Virgil de un momento a otro volviera a aparecer. Cerró al fin y comenzó a desnudarse. Se enfundó en un pijama de algodón y se metió en la cama.

Su actitud era circunspecta, pensativa.

¿Qué pensaba Betty?

Virgil, ya en la cama, sin desvestirse, miraba hacía el techo. Fumaba lanzando al aire copiosas volutas de azulado humo.

Pensaba en la aventura que le esperaba. En cómo le acogería Olga Sorenson, y, por fin, se durmió pensando en Betty, aquella atractiva muchacha metida a detective, quizá con más convicción que él mismo.

* * *

Apenas habían transcurrido cuatro horas cuando Higgins, le despertó. Tenía el jeep dispuesto.

Virgil se levantó soñoliento, se refrescó un poco bajo el grifo y se secó con el paño que estaba sobre uno de los barriles.

Poco después se hallaba bajo las mantas en la parte posterior del jeep que conducía Higgins.

El trayecto duró unas dos horas.

Higgins detuvo el vehículo en un cruce de caminos.

—Puede salir —dijo simplemente.

El viaje se había desarrollado sin novedad. Virgil oteó el lugar. Era un sitio desconocido para él, pero lejos ya de la zona montañosa.

—¿Dónde estamos? —preguntó:

—A media milla de la frontera con Nevada. Tome mi *jeep* y siga su camino. Yo no voy a denunciarle hasta dentro de tres horas.

—¡Eh! Un momento... Entonces, me buscarán por haber robado un coche.

—Así es... Pero usted ya estará en Bulder City, es una pequeña ciudad cerca de la frontera de California. Hay un bar que se llama Tres Estados. Ya lo verá. Está en la esquina de Washington Avenue con la Center Street. Allí encontrará aparcado un «Chevrolet» matrícula de California Hud 217.

—¿Robado también? —sonrió Virgil.

—Sí. Pero no se preocupe, pertenece a la división... Cuando lo denuncien, usted debe de hallarse ya en California. Procure no entretenerse. Blanding no quiere complicaciones. Si los que buscamos llegaran a sospechar, usted tendría que volver a Cheney para responder del crimen...

—No hablará en serio.

—Son las órdenes de Blanding.

—¡Qué amable! Por cierto, no hemos hablado de precio...

Higgins se encogió de hombros.

—Oiga... Usted ya no es joven... ¿Por qué hace esto? —preguntó Virgil sentándose al joven del *jeep*.

—Porque es mi deber —replicó Higgins.

—¿Deber? Usted no es policía, Higgins. Blanding lo ha dicho.

—Si lo que quiere decir es que no tengo ninguna insignia, está en lo cierto.

—Debe de apreciar mucho a Blanding.

—Me salvó la vida una vez y siempre fue comprensivo conmigo cuando más lo necesitaba. ¿Le basta esto?

—Sí. Es una razón. Adiós, Higgins. Diga a Blanding que procuraré hacerlo lo mejor que pueda.

Higgins agitó una mano mientras Virgil ponía ya en marcha el

vehículo, que saltaba hacia adelante en dirección a la carretera principal.

Poco después, el indicador le señalaba la proximidad de la frontera del Estado.

No tendría que rodar demasiadas millas.

Después del Bulder Dam entraría en Nevada. Más allá estaba Bulder City, muy cerca de la frontera californiana, en una estrecha franja que pertenecía al Estado de Nevada, en cuyo vértice sur se dividen los Estados de California y Arizona.

Recorrió la solitaria carretera hasta la impresionante presa artificial.

Cruzó la frontera del Estado sin ningún contratiempo, y adelantado sobre el horario previsto llegó a Bulder City.

Dio un rodeo a la pequeña ciudad y no le costó en absoluto encontrar el bar Tres Estados, situado entre la confluencia de la Washington Avenue y la Center Street, tal como le había indicado el viejo y extraño Higgins.

El «Chevrolet» matrícula de California Hud 217 estaba aparcado entre un vistoso «Cadillac» color crema y un «Ford» gris.

Entró en el bar y echó una ojeada.

El lugar era amplio y disponía de dos o tres salones, pero en aquellos momentos había muy escasos clientes. Virgil contó una media docena.

Una pareja que tomaban café. Un par de vaqueros que despachaban sendas cervezas mientras hablaban con voz fuerte sobre la última subasta de ganado. Había también un hombre joven, de aspecto nervioso, que fumaba dando rápidas chupadas a un cigarrillo y tomaba una buena dosis de *whisky* que no debía ser la primera.

Por último, sentado a una mesa y atento a la lectura de un periódico, había un tipo cuarentón con modernas gafas de concha que no parecía mostrar la menor atención por cuanto acontecía a su alrededor.

Virgil pensó que aquel hombre muy bien podía ser el encargado de haber dejado el «Chevrolet» en el lugar convenido y, por tanto, se trataba de uno de los agentes a las órdenes de Blanding. Claro que no tenía la certeza de que nadie le vigilara, pero le habría gustado saberlo.

Tomó una cerveza y un bocadillo de jamón y salió fuera después de abonar su importe.

Antes de subir al «Chevrolet» miró en torno suyo por si alguien le observaba. Aun haciendo una «comedia» en aquellos momentos era oficialmente, además de un hombre perseguido, un ladrón de coches.

Se metió en el auto y lo puso en marcha rápidamente. Fue entonces cuando ocurrió algo que no estaba previsto.

El joven de aspecto nervioso salió gritando:

—¡Eh! Es mi coche... ¿Qué hace usted? ¡Deténganlo, deténganlo! Me ha robado mi coche.

«Esto no era lo pactado», pensó Virgil.

Higgins le había dicho que la denuncia del coche —del «Chevrolet»— de Nevada no se cursaría hasta que él hubiese llegado a California.

¿Qué era lo que había salido mal?

Trató de discernir rápidamente. No cabían vacilaciones. Por un momento pensó en detenerse y esperar al muchacho.

«Esto no es lo convenido», le diría.

«Pero... ¿Y si el joven no fuera un federal? ¿Y si me han hecho robar un coche de verdad?»

No entendía muy bien, pero por si acaso se metió de lleno en su «papel» como actor que era, y decidió pisar a fondo el acelerador.

* * *

Apenas habían transcurrido cinco minutos, cuando en una esquina próxima a la salida de la ciudad ya tenía pisándole las ruedas un coche de la patrulla haciendo sonar estrepitosamente su sirena.

Virgil, pisó una vez más el gas y el auto cobró una velocidad digna de una carrera automovilística.

Pasó como una exhalación junto a otro coche patrullero que intentaba cerrarle el paso.

A unos dos kilómetros había conseguido aumentar la ventaja del coche patrulla y aprovechó un cruce de carreteras para adentrarse hacia la derecha tomando la ruta del Norte.

El coche patrulla, indudablemente, había previsto la maniobra y seguía tras él.

La larga recta le permitió ver un segundo coche que salía a su encuentro.

¿Le iban a colgar!

¿Cómo salir de aquello?

Aun actuando amparado por el FBI, recordaba las palabras de Blanding: «Tendrá que correr usted sólo los riesgos».

Aunque no fuese policía profesional, aunque no tuviera experiencia de cómo obrar en aquellos casos, sentía el peso de una responsabilidad. Había aceptado colaborar y no admitía un posible fracaso. Era la honrilla propia lo que le mantenía tenso, buscando la manera de salir del atolladero.

Ahora se sentía importante. ¡Trabajaba para el FBI! Y esto pesaba en su ánimo.

A la velocidad que iba bien pronto se cruzaría con el otro coche. ¡Y no había ningún desvío!

Vio cómo el auto de la policía que venía en dirección opuesta, se cruzaba en el camino para obligarle a detenerse.

Virgil calculó la distancia: Doscientos metros.

Ciento cincuenta...

Cien...

Redujo la marcha como si de veras tuviera intención de frenar.

Cincuenta metros.

Dos agentes uniformados bajaron del auto policial colocándose delante de él.

Veinticinco metros.

Virgil calculaba mentalmente todas las posibilidades.

Los dos policías tenían ya en su mano sendas armas de fuego.

Quince metros.

«Tengo que pasar», se dijo Virgil.

Aflojó un poco más hasta situarse a unos diez metros de los agentes.

El coche bloqueaba la carretera, si bien quedaba un metro hacia la parte izquierda.

Virgil se había fijado en la cuneta, saliéndose de la carretera en rápida maniobra podría burlarles.

Ya no lo pensó. Pisó a fondo, sorprendiendo a los agentes que

saltaron hacia el lado opuesto pensando que Virgil iba a embestirles.

Virgil giró el volante en el último momento y el auto, con las ruedas traseras patinando viró hacia la izquierda.

Se salió de la carretera rozando levemente la delantera del vehículo policial.

Virgil enderezó el volante y pisó de nuevo el acelerador tratando de sacarle la mayor velocidad posible.

Cuando los policías pudieren poner su coche en disposición de seguirle, el fugitivo les llevaba una buena delantera.

Un nuevo cruce lo aprovechó para variar de ruta. Unos kilómetros más allá de la carretera serpenteaba una suave colina.

Virgil pensó que una vez allí tendría mayor posibilidad.

Y siempre a ritmo vertiginoso, al llegar a las estribaciones de la primera rampa, dejó la carretera para tomar un camino vecinal que se internaba hacia un parque natural.

La naturaleza, que hasta entonces había mostrado un paisaje desolado, cobraba ahora el esplendor del verde fragante de una copiosa y exultante vegetación.

Más allá, otra carretera seguía la ruta hacia California.

La policía había sido despistada totalmente.

Virgil había pasado la primera prueba. Se sentía satisfecho, pero pensaba que tal vez aquello había sido fácil en comparación con lo que podía esperarle.

CAPÍTULO XII

Fue directamente a la casa de Olga Sorenson.

No era ya aquel modesto apartamento de North Hollywood. Ahora la diva vivía en un palacete de Beberly Hills, una casa con piscina, grandes salones, generoso bar y suelo de mármol.

Eran las seis y media de la tarde. La casa, desde el jardín anterior parecía en calma, como si no hubiese nadie.

Virgil dejó el coche entre los árboles del parque de la parte frontal y se encaminó hacia la puerta lateral que daba acceso a la villa por el jardín de la parte trasera.

La puerta cedió y solo tuvo que empujar para colarse en el interior del recinto.

Un césped brillante, perfectamente cuidado, llegaba hasta la lujosa piscina situada en el centro geométrico del jardín.

Al otro lado, plantas y flores contribuían a hacer más grato el aspecto.

Al fondo, el porche con tres escalones que daban acceso a la entrada acristalada de puertas correderas.

Virgil había estado en otra ocasión en la villa.

Hizo correr la puerta y pasó al interior.

Un *living* irregular, con una decoración llamativa, moderna, pero de relativo gusto, se compaginaba con muebles de precio, cómodos y extravagantes.

Al fondo, el paso que partía las dependencias de la planta baja, la escalera que subía al piso superior.

Tras dar un paseo por la casa y observar que no había nadie, optó por servirse un buen *whisky* y sentarse en una butaca tipo «araña», y con los pies sobre la mesa que tenía enfrente esperó cómodamente.

Pasó un cuarto de hora.

Desde su sitio, Virgil pudo oír cómo alguien introducía la llave

en la cerradura de la parte delantera.

Luego oyó un taconeó.

Indudablemente era Olga. No se movió de la misma porción.

La estrella, sin su aire sofisticado, sin su sonrisa de concurso, sin su pose estudiada, arqueó las cejas. Virgil le daba la espalda y ella no podía verle. El solo veía por él cristal del fondo que le devolvía la imagen de la joven.

—¿Quién diablos...? —empezó Olga.

—¿Ya no saludas a los viejos amigos? —preguntó él sin variar de posición.

Ella avanzó. Posiblemente le había reconocido por la voz.

Se plantó ante él.

—Virgil Corcoran —su voz sonó a reproche—. ¿Cómo te atreves a entrar en mi casa así...?

—Bien. Tú no estabas y pensé que no te molestaría...

—Pues me molestas, Virgil.

—Vamos, vamos... Sé un poco más hospitalaria.

—Virgil, no debiste haber venido. Tú y yo hace tiempo que...

—¡Oh! Nenita, todo cambia. Yo me hice perfecto cargo que tú no quisieras saber nada con un pelagatos como yo.

—Si has venido a hacerme reproches... —empezó ella.

—¡Al contrario! Hiciste muy bien, ¿sabes? Yo, en tu caso habría hecho lo mismo. Ahora eres una gran estrella y esto es verdaderamente lo que cuenta, pero a mí tampoco me van mal las cosas, ¿sabes?

—Me alegre.

—Me van muy bien. Creo que dejaré esto del cine. ¡Bah! No sirvo para esto, sobre todo si puedo ganar dinero sin demasiados esfuerzos...

Ella arqueó las cejas. Su rostro dibujaba una perfecta estupidez.

—¿Qué te pasa, Virgil? —preguntó.

Él, calmamente, sacó las piernas de encima de la mesa y se levantó con la misma parsimonia para dirigirse hasta el bar y servirse un nuevo *whisky*.

—Bueno... ¿No habrás venido a beberme mi *whisky*, verdad? Te aconsejo que te vayas. Bakerly va a venir a buscarme. Tengo que cambiarme y... seguramente no le haría la menor gracia encontrarte aquí.

—¿Y por qué no le despidas, nena? —preguntó él, perfecto en su papel displicente, casi cínico—. Yo puedo llevarte a los mismos sitios que él. ¿Qué te parece Las Vegas? Siempre te gustó ese sitio. Champaña francés, caviar... Una cena de doscientos dólares con música, violines húngaros, ruleta privada...

—¿Has heredado de alguien? —preguntó ella, que sin demostrar un gran interés había perdido su aire intolerante.

—Ya te lo he dicho. Negocios.

Olga pareció dudar. Al cabo de un silencio replicó:

—¡Oh! Es absurdo. Me alegro de que las cosas te vayan bien, pero no puedo salir contigo. Ya te he dicho que Bakerly...

Él se había ido directamente hacia la mesita del teléfono y ofrecía el auricular a la muchacha.

—¿Qué pretendes? —preguntó ella, indecisa.

—Que llames a Bakerly. Di que de pronto te ha entrado una jaqueca irresistible... Lo habrás hecho otras veces.

Olga ni siquiera tenía expresión para fulminarle con la mirada. Quiso hacerlo, pero de su rostro, indudablemente bello y sugestivo, solo salió por una mueca estúpida.

—Anda, nenita. Todo lo he hecho por ti... para recordar viejos tiempos... Charlaremos... ¿No quieres saber cómo he conseguido hacerme rico? ¿Quién lo hubiese creído de un pueblo tan pequeño como Cheney? ¿Recuerdas Cheney?

—¿Dónde rodamos la última película?

—Sí. Allí.

—¡Ah! —exclamó ella, sentándose coquetamente en un sillón y cruzando sus perfectas piernas, parte muy esencial y determinante de su éxito como estrella.

Inflo el busto —otra parte no menos determinante de su fugaz carrera.

—¿Dices que en Cheney?

—Sí. Pero ya hablaremos luego de esto. Ahora llama a Bakerly.

—Bakerly no tiene que venir. Fue una excusa...

El chasqueó la lengua en señal de reproche, hasta tres veces.

—Vaya... Eso no está bien, pequeña. Seguimos siendo amigos... No hay que comprometerse a nada. Sólo divertirnos. Recordar los tiempos malos, eso ayuda siempre a dar valor a los buenos.

—Bueno —sonrió ella—. Creo que tienes razón... Voy a

vestirme. Iremos donde... donde tú quieras.

—Eso está bien, Olga.

Se acercó a ella mientras se levantaba y la sujetó por los hombros mirándola a los ojos con pasión. No fingía en aquellos momentos, porque realmente Olga era capaz de despertar los sentimientos más violentos.

Ella se dejó besar con falsa coquetería. Ahora era otra vez la chica de las poses estudiadas, de la sonrisa de dentífrico, de los ademanes sofisticados.

—Bueno... —sonrió cuando él terminó su beso—, déjame que me vista... —Si no, vamos a llegar tarde.

Virgil se quedó en el *living* mientras ella subía la escalera hacia el piso superior.

Instintivamente, el joven tomó el teléfono. Sabía que estaba conectado al que la estrella tenía en su habitación, y aunque no daba la señal abajo mientras se marcara de arriba, algo le hizo suponer que Olga iba a llamar a alguien.

Así al descolgar llegó a tiempo de oír:

—¿Eres tú?

La voz del otro lado del hilo sonó queda, apenas audible.

—¿Por qué me llamas aquí? Sabes que no quiero...

—Ha venido Virgil Corcoran. Está en mi casa y se ha empeñado en salir conmigo.

La voz tardó bastante en contestar, como si la noticia le hubiese contrariado y necesitara pensar lo más adecuado para el caso.

—¿Has aceptado? —preguntó al fin.

—Sí.

—Debiste mandarle a paseo.

—Es que... me dijo que tenía mucho dinero. Que le había ganado en Cheney. Pensé que esto podía interesarte.

—¿De Cheney? No me fío. Él no podía saber...

—Era amigo de Sheila...

—Eso ya lo sé —cortó la voz—. Pero Sheila me dijo que Virgil no sabía nada...

—¿Quién sería el propietario de aquella voz? —se preguntaba Virgil sin dejar de escuchar.

La voz seguía...

—Esto es muy extraño. He leído un periódico... Y parece que la

policía le busca.

—¿A Virgil? ¿Qué ha hecho?

—Robar dos coches y huir...

—¿Huir...?

—Sí. La policía de Cheney le supone autor de la muerte de Sheila.

—¡Ah!

—A nosotros no nos convienen los escándalos...

—¿Quién la mató en realidad? —preguntó ella.

—No digas esas imbecilidades por teléfono, Olga.

—Bueno. ¿Qué hago con Virgil?

—Síguele la corriente. Es necesario saber lo que él «sabe» y hasta dónde quiere llegar.

Ella sonrió coqueta.

—Esto es bien fácil. Piensa en mí...

—Pues no pierdas detalles. Sonsácale, haz lo que puedas.

—De acuerdo...

—¡Ah! Y a pesar de todo, has hecho bien en llamarme... Si Virgil tiene dinero, es posible que a última hora las cosas hubiesen cambiado.

—¿Quieres decir que él y Sheila...? —preguntó la voz de la estrella.

Al otro lado del hilo la respuesta fue tan lacónica como la despedida.

—Eso es lo que tienes que averiguar. Adiós y suerte.

Virgil esperó a oír el chasquido de colgar el teléfono para colgar también el suyo y volver a su puesto.

¿Con quién estaría hablando Olga Sorenson?

¿Qué tenía ella que ver en el atraco?

¿Era acaso una cómplice?

Su trabajo iba a ser bastante laborioso, por cuanto ella también iría con él con el objeto de sonsacarle.

Iba a ser una lucha sorda, fría, una lucha de cerebros, pero Virgil creía llevar a la estrella una notable ventaja.

CAPÍTULO XIII

El Las Vegas, si no el más lujoso, era cuando menos uno de los más importantes de los contornos de la ciudad del cine.

Habían cenado espléndidamente y Virgil se sintió obsequioso comprando orquídeas a la estrella y dando generosas propinas.

Bailaron, después de que los músicos húngaros les hubieran obsequiado con un selecto repertorio de melodías típicas de su país.

En un salón privado se jugaba a la ruleta y también allí —con el dinero que le había asignado el FBI —derrochó abundantes billetes.

Olga le observaba con curiosidad.

El esperó tranquilo a que la estrella pasase al ataque.

—Todavía no me has dicho qué clase de mina has encontrado...

—Tiene gracia. ¡Minas! Pues no, querida, te equivocas, no hice mi fortuna en ninguna mina.

Virgil pensaba que por su condición de actor, era aquella la mejor comedia que había interpretado en su vida profesional. Sí. El papel le «iba», como suele decirse en el argot de teatro.

«Le iba» porque hasta el momento, nadie sabía que la misión de él no era la de tener mayores diálogos, sino escuchar y comunicar.

Posiblemente lo mismo que Olga. Sí. Lo mismo, sólo que la estrella ignoraba que en vez de espiar iba a ser espiada.

¿Quién saldría triunfante en aquella confrontación?

La suerte acompañó a Virgil en el sentido de que sus apuestas se vieran favorecidas con varios triunfos que triplicaron lo apostado.

Pensó que si hubiese entrado precisando ganar, indudablemente, hubiese perdido.

—Ya veo que ahora todo te sale bien.

Al volver al salón de baile, ella tuvo un par de peticiones de autógrafos que firmó con estudiados ademanes.

Bailaron de nuevo.

—A ti puedo contarte mi secreto —le susurró él.

—¿Es un secreto? —preguntó ella.

—Sí... Verás, allí en Cheney conocí a una chica... —Nada serio, ¿sabes? —dijo, como quitándole importancia a la cosa y siempre en su papel—. Pero aquella muchacha a la que creí una infeliz estaba forrada de billetes.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí, querida... Un montón de dólares. Era un acicate para casarme con ella, pero no soy de los que se venden...

Sin embargo, conseguí que me dijera dónde los tenía escondidos...

Hizo una larga pausa. Sabía que Olga estaba pendiente de sus palabras y dominando plenamente la situación «hacia escena», creaba el «clímax» adecuado.

—Bien, sigue...

—Oh, pues, sí; la chica me lo dijo. ¡Tenía una auténtica fortuna! Lo malo es que sospeché que aquello era el producto del robo... ¿Te acuerdas de lo que sucedió cuando rodábamos?

—¿Quieres decir que ella...?

—Bueno, Sheila Benton tenía cómplices. Me lo dijo.

—¿Te dijo quiénes eran? —preguntó con ansiedad.

—No. No me lo dijo. Sólo que estaba harta de saber dónde estaba aquel dinero y no poder cogerlo... Porque según me dijo, se lo habían prohibido.

—Pero tú lo cogiste...

—Verás, las cosas se precipitaron. Hace tres noches, Sheila fue asesinada. Quisieron cargarme el muerto, pero fui más listo y me largué.

—¿Con el dinero?

—No iba a dejarlo. Yo no lo robé. Fueron otros. El Banco ya debe haber cobrado de la compañía de seguros. ¿No crees que sería una estupidez devolverlo?

Ella, nerviosamente, contestó:

—Bueno, yo no entiendo de estas cosas. Si tú crees que es legal, ¿qué puedo decirte?

—No lo dirás a nadie, ¿eh?

—¡Oh, no! Pero dime... ¿Dónde lo tienes?

—¡Oh! Está bien guardado... Bueno, no me lo llevé todo. Dejé algo por si acaso... El otro está a buen recaudo.

Ella no contestó. Virgil pensaba dos cosas:

Primera. Que siendo primas Sheila y ella, no mostró la menor tristeza por el asesinato.

Segunda. Estaba convencido de que Olga no tardaría en pretextar cualquier cosa para regresar a casa.

No se equivocó:

—Querido... Ya volveremos a hablar de esto en otro momento. Me siento horriblemente fatigada. ¿Comprendes, verdad?

—¡Oh, claro! Últimamente llevas una vida muy agitada. Sé lo que es esto. Fiestas, recepciones, inauguraciones, emisiones de televisión...

—Y estoy estudiando un nuevo guion. Bakerly me ha ofrecido el papel principal de su próxima película.

—Te felicito.

—¿Me acompañas?

—Claro, nena. Te telefonearé mañana.

—Podemos almorzar juntos si quieres —se ofreció ella.

Virgil pensaba para sus adentros:

«Es una zorra, que algo tendrá que ver con todo esto».

Luego tuvo un recuerdo para Blanding. Estaba seguro de que estuvo perfectamente acertado designándole para representar aquella comedia.

* * *

Claro que Virgil Corcoran hubiese dado cualquier cosa para saber con quién se entrevistó Olga Sorenson aquella misma noche, una hora después de que él la hubiese dejado en la puerta de su villa.

En el *living* de la casa, con escasa luz y mirando hacia el exterior, alguien estaba sentado.

Alguien que Virgil conocía.

Alguien que parecía contrariado.

—Desde luego, no fue Virgil quien mató a Sheila —decía en aquellos momentos, pero tu prima debió morir antes. Antes de que pudiera hablar con él.

—Pero apenas pudo tener tiempo...

—Sheila jugaba con dos barajas. No debí fiarme de ella.

—Bueno... Yo estoy al margen de todo. A mí no pueden acusarme. Estaba rodando la película.

—No digas estupideces, estás tan metida en esto como los demás.

—Yo solo...

—¿Quién habló de esto la primera vez? —preguntó la voz que provenía de detrás del alto y ancho respaldo de la butaca que horas antes ocupara Virgil y que ahora sostenía a la persona que había acudido a entrevistarse con la dueña de la villa.

—De acuerdo —admitió la estrella—. Fue mi prima.

—Ella tenía planeado el golpe desde hacía tiempo. Faltaba una oportunidad para llevarlo a cabo y la oportunidad se presentó con el rodaje de la película. Quedó bien claro que nadie tocaría el dinero, pero no sé por qué, me dije que no podía fiarme de ella.

—¿Y la mandaste matar? —murmuró Olga.

—No. No fui yo.

—¿Quién?

—Qué más da...

—¿El otro verdad?

—Sí. El otro —replicó la voz.

Olga estaba sentada en uno de los taburetes de su bar privado. No podía ver a la persona que hablaba con ella, pero no le importaba en absoluto. En aquellos momentos se sentía angustiada, temerosa.

—¿Quién es? —preguntó de pronto.

—¿Quién es... quién? —inquirió a su vez el visitante.

—El otro.

—Querida Olga, quedamos en que tú no tenías que saberlo.

—Pero.

—Es mejor así, Olga. Sheila dio la idea, pero el trabajo lo hicimos nosotros. Tú solo me conoces a mí. Es suficiente. Además, ese fue el trato...

—Pero, ¿qué pasará ahora?

—Procura saber dónde tiene el dinero Virgil. Cuando te lo diga, veremos lo que se hace.

—Pero dijo que había dejado un poco en el escondrijo. ¿Por qué no vais a recogerlo?

—Ahora es demasiado arriesgado...

—Pero tú puedes ir. Nadie va a sospechar de ti. Tú...

—Ya veremos, Olga. No te impacientes. He de consultar con...
«él».

—Está bien.

—Entretanto, haz lo que te he dicho. Quiero saber dónde tiene el dinero Virgil y cuánto cogió.

Olga asintió:

En su rostro no existía ninguna de sus expresiones características como actriz. No era la Olga Sorenson que los amantes del cine conocían. Era una mujer más que vulgar pese a su belleza, y terriblemente estúpida. Estúpida y, además, asustada.

CAPÍTULO XIV

Fue un almuerzo íntimo en casa de la estrella.

Virgil siempre en su papel de hombre moderno, un poco alocado y con las extravagancias propias de quien creyéndose que el dinero lo permite todo, contestaba a la pregunta directa de Olga.

—Eres una pillina... ¿Por qué quieres saber dónde guardo el dinero?

—Oh, pues... por curiosidad. Sabes que soy terriblemente curiosa.

—No te preocupes. Está bien guardado. Nada de Bancos, por supuesto.

—¿Una llave de consigna? —pregunte ella.

—Sí. Como en las películas.

—¡Oh! Enséñamela... Será la primera auténtica llave del tesoro que veo.

—No la llevo encima. Está en mi hotel.

—¡Oh! Es verdad. No me dijiste dónde te hospedabas.

—No me lo preguntaste, pero no es ningún secreto. Estoy en los apartamentos Buen Reposo. Un sitio muy agradable. Hay restaurante, y si uno lo desea no tiene que moverse del edificio, porque hay de todo, hasta cine.

—¡Oh! ¡Qué bien...! Discúlpame.

Se levantó. Virgil se dijo:

«Es una perfecta estúpida. Ahora va a telefonar para que registren mi apartamento».

Y así lo hizo. Luego regresó, y aunque Virgil no había pensado en marcharse, ella, por si acaso, trató de mostrarse agradable. Ensayó un seudobaile que tenía que interpretar en su próxima película y hasta se mostró insinuante con aquella picara ingenuidad a lo «Marilyn» que enloquecía a los hombres.

Virgil sonreía para sus adentros.

«¿Me crees un imbécil?»

Exteriormente, sin embargo, fingía entusiasmarse.

«Sí... Es bonita, pero cuando uno descubre cómo son realmente las personas, la decepción hace perder todo el posible afecto».

Durante una hora, ella se multiplicó. Virgil, tranquilo, se despidió cuando supuso que su apartamento había sido suficientemente registrado.

* * *

Cuando regresó no encontró la menor huella de desorden, pero faltaba algo. ¡La llave!

Sí. Le habían robado una llave de una consigna, pero... ¿De qué iba a servirles?

En primer lugar en la consigna solo encontrarían un par de miles que los había dejado siguiendo las instrucciones recibidas, y, en segundo lugar, deberían averiguar primero dónde estaba la consigna. Porgue en la llave no había ninguna indicación al respecto.

Pasó un buen rato solo, ojeando periódicos y tomando sorbos de *whisky*.

Le extrañaba no recibir noticias del enlace que le había prometido Blanding.

Pensaba en ello cuando llamaron a la puerta.

Se apresuró a abrir.

Ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar. Un hombre con el rostro cubierto por una media le empujó hacia dentro con el cañón de un revólver del treinta y ocho en cuyo extremo estaba aplicado un silenciador.

Cuando quedó aprisionado por la pared del fondo del vestíbulo, otro hombre entró en la estancia. También se cubría el rostro con otra media similar que, pese a la transparencia impedía adivinar sus rasgos y sus facciones.

El que había entrado en segundo lugar sacó una llave de su bolsillo.

—¿Conoces esto?

—No —mintió Virgil.

Era la llave de la consigna.

El que había preguntado se la guardó de nuevo y avanzó hacia él. Sin preámbulos le pegó con la palma de la mano. Era una mano dura, violenta.

Virgil recibió la soberbia bofetada sin pestañear, pero sintió que la sangre se agolpaba en sus mejillas y todo él estaba ardiendo de furor.

—¡No vuelva a hacerlo! —masculló apretando los dientes.

El que le había golpeado se limitó a replicar:

—Dígame dónde está esa consigna y le dejaremos en paz.

—No sé de qué me hablan.

El otro hizo intención de repetir la hazaña, pero aquella vez, Virgil esquivó y, sin vacilar, propinó dos golpes al estómago de su enemigo que consiguió hacerle escupir.

El compañero del enmascarado avanzó un paso amenazante.

—¡Déjale! —gruñó el agredido—. Déjale... Le necesitamos vivo.

El otro respondió, masticando las palabras:

—Tienes mucha suerte.

Y el otro adujo:

—Has agotado mi paciencia, muchacho...

¿Aquella voz...?

Virgil forzaba su memoria. ¿Dónde había oído antes aquella voz?

—¿Me escuchas? —insistió el otro.

Indudablemente estaba fingiendo, pero...

—Insisto en que no sé de qué me habla —replicó tranquilamente Virgil Corcoran.

Debía insistir en su «papel». Debía mostrarse firme como lo hubiera hecha si aquella llave encerrara de verdad un tesoro.

—Tenemos medios para hacerte hablar, Virgil...

—Y, además, parecéis conocerme muy bien, ¿eh? —sonrió él.

Los enmascarados cambiaron entre sí una mirada. El que había entrado primero exclamó:

—Estamos perdiendo demasiado tiempo.

—Atreveos a tocarme. Me necesitáis vivo...

—Pero tú, muerto, tampoco disfrutarás del dinero —masculló uno. El más corpulento.

Virgil se fijó con que iba ligeramente encorvado. Forzó una vez

más su memoria.

¿Entre el personal de estudio... quién iba ligeramente encorvado?

Pensó en los sospechosos de Blanding.

El guionista Harry Stone.

No. Era corpulento, pero andaba derecho.

¿Perry Flowey?

Tampoco. El operador era más delgado. Quizá se parecía más al otro, al que empuñaba el revólver cubriendo a su amigo y todo posible intento de rebelión de Virgil.

—Si me matéis... ¡Adiós botín!

—¡Maldito! —farfulló el otro—. Yo te haré hablar.

Despreciando el peligro del arma qué le apuntaba, y como si se tratara de una película de estas en que solo ganan los «buenos», Virgil se puso en guardia. Estaba dispuesto a pegar... ¿Y quién sabe? Hasta a descubrir los rostros de sus agresores a poco que se descuidaran.

—¡Apúntale a la cabeza! —ordenó el que hasta entonces había hecho las preguntas.

El otro obedeció.

Virgil se encontró con el arma apuntándole la sien, pegada a ella.

—Ahora vas a hablar —adujo el que parecía el jefe, el encorvado.

Y ante el silencio de Virgil, que pensaba hasta dónde podría llegar con sus negativas, el encorvado añadió:

—Tanto si hablas como si no, acabaremos averiguando donde corresponde esta llave. Así que... Tú no puedes ganar nada.

—Y si hablo me mataréis igualmente —contestó Virgil, con sangre fría.

—No te preocupes de lo que ocurrirá luego. Habla.

—Está bien. Hablaré accedió Virgil—. Pero antes... Dejadme... Dejadme que beba un trago. Habéis conseguido ponerme nervioso.

Hubo un momento de indecisión.

—¡Habla! Ya tendrás tiempo de beber —dijo el de la pistola.

Con fingida resignación, Virgil asintió:

—Está bien. Estación del Centro. El número del apartado está en la segunda hilera empezando por el suelo.

—¿No nos engañarás... verdad, amigo? —murmuró el del revólver, que no dejaba de presionar el gatillo con el índice.

—He dicho la verdad.

—Puedes beber tu *whisky*.

Virgil se dirigió hacia la mesita donde tenía la botella y los vasos.

Se sirvió una generosa ración, mientras el del revólver le apuntaba a la cabeza.

Virgil se revolvió.

—¿No me equivoqué, eh? Pensabais liquidarme.

—Sabes demasiado —murmuró el del revólver.

Sintió sus nervios tensos... No era miedo, pero sí se hallaba en la situación «difícil» y peligrosa que le había mencionado Blanding.

¿Cómo salir de aquello?

No tenía mucho donde elegir.

De un salto podía llegar hasta los cristales de la gran ventana que comunicaba con la terraza.

Una vez transcurridos los segundos de desconcierto, él podría huir. Pero...

El que apuntaba amartilló el revólver.

Ya no quedaba tiempo para más vacilaciones. ¡Era la hora de correr! Pero...

El timbre de la puerta tintineó.

Virgil vio la salvación. Hizo un paso hacia delante sin soltar el vaso.

—¡No! —le conminó el del revólver—. Deja que llamen. Ya se cansarán.

Virgil dudó.

El timbre, afuera, seguía sonando con machacona insistencia.

Virgil interrogaba con la mirada a sus enemigos.

—¡Acabemos! —gruñó el del arma.

Su cómplice hizo un gesto negativo.

—No. Aún no. Déjale que vaya a abrir. Le estamos encañonando. Una palabra sospechosa, un gesto poco claro y será el fin, pero mientras tanto, no... no conviene que descubran su cuerpo demasiado pronto.

Virgil ahogó un suspiro... ¿Llegaría a «salir» de tan feo asunto?

Cuando corrió el pasador y abrió la puerta de entrada, apareció

un desconocido. Un tipo alto, enjuto, vestido sin elegancia, pero limpio y aseado. Un hombre de tantos.

—Perdone que le moleste —fueron las palabras del recién llegado—. Estoy en un apuro económico y necesito ayuda... Tengo mujer e hijos y...

—¡Espere! —exclamó Virgil.

Pensó qué debería escribir una nota y pedir a aquel hombre que avisara a la policía.

Pero... ¿cómo escribirla con los demás, tras las cortinas esperando la menor oportunidad para dispararle.

—... Tengo el dinero en... Espere un momento —siguió Virgil, apartándose de la puerta.

Al pasar del *hall* al *living* se vio sujeto por el enmascarando más corpulento, que había oído perfectamente la petición del pobre.

—Toma. Dale un dólar y que se largue —farfulló.

Virgil pensó que ni siquiera le permitían acercarse al secreter. Tomó el dólar y fue hacia la puerta. Era inútil, inútil por completo pedir ayuda al pedigüeño sin ser oído.

Dio el dólar que le había dado el encorvado, y el pobre, después de examinarlo, lo guardó en el bolsillo de pantalón.

Entonces dijo:

—Oiga... El dinero es para comida, pero... Si pudiera darme un cigarrillo...

Desde la puerta, Virgil miró hacia la pared donde estaba pegado el enmascarado para no ser visto por el mendigo.

Hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Virgil sacó el paquete y lo dio al mendigo.

—Quédese con él. Yo... ya no lo necesito.

—¿Me puede dar fuego? —preguntó el mendigo, sacando un pitillo del paquete.

Virgil buscó el encendedor y pulsó el resorte para que apareciera la llama.

—Yo prefiero siempre las cerillas, ¿sabe? No fallan nunca.

Por un instante, Virgil pareció no haber escuchado. Luego cayó en la cuenta.

¿La contraseña!

Estaba salvado.

¿Lo estaba?

Todo debía llevarse en el máximo secreto y si daba la alarma, aquel par de tipos comprenderían. Sin embargo, se trataba de su vida...

En una fracción de segundo tenía que decidir.

No lo pensó. Hizo lo que todo el mundo hubiera interpretado como la más aplastante lógica, incluidos sus amenazantes enemigos.

Se lanzó hacia adelante saliendo al pasillo de estampida.

—¡Apártese! —exclamó al mismo tiempo.

La acción sorprendió a los enmascarados.

Dispararon sus respectivas armas y el silenciador ahogó las detonaciones, que produjeron un chasquido parecido al de un tapón de champaña sin fuerza.

Buscó la protección de un saliente del corredor, mientras el falso mendigo escapaba por el otro lado.

Virgil, de otro salto, alcanzó la escalera, al tiempo que los dos tipos salían de la casa en su persecución.

Siguió bajando hasta tres pisos y entonces, para despistarlos corrió por el pasillo de aquella planta en dirección a la salida de emergencia.

El «mendigo» hizo lo que hubiese hecho cualquier mendigo. Se puso a gritar:

—¡Socorro! ¡Asesinos!

Las voces de alarma llamaron la atención a otros inquilinos. Se oyeron pasos precipitados de gente que subía desde la planta baja.

Los enmascarados ya no pensaron en otra cosa que en huir.

Virgil, por la escalera de emergencia había vuelto a subir. Jadeante, se encerró en su apartamento.

Allí le esperaba el «mendigo».

CAPÍTULO XV

—Lástima— que no hubiese llegado unos minutos antes — murmuró Virgil, después de despachar un buen trago de whisky.

El enlace replicó:

—Tal vez haya sido mejor así.

—Pero soy yo el que se está jugando la piel.

—Por ahora todavía reluce...

—¿Por ahora? ¡Y que sea por muchos años! —exclamó Virgil.

—Bien, bien... ¿Ha podido reconocer a esos fanfarrones?

—No, pero estoy seguro de que no me son desconocidos. Fingían la voz...

—¿Les dio la llave?

—Sí.

—Bien, —en cuanto se acerquen por la consigna sabremos quiénes son, o, por lo menos, nos llevarán hasta donde queremos llegar.

—¿Está vigilada la estafeta?

—Desde luego, y, por si acaso, los billetes son numerados.

—Bien... Eso es todo por ahora. He hecho lo que Blanding me pidió. ¿Hay nuevas instrucciones?

—No. Usted siga aquí.

—Después de lo que ha pasado...

—No importa. Siga aquí.

—¿Y qué hago con Olga Sorenson? Hasta un idiota supondría que fue ella quien me envió a ese par... Además, sé que es cómplice.

—Hágale una escena si quiere. Pórtese con naturalidad. Lo mismo que haría si no trabajara para nosotros, pero tenga cuidado, ahora, los riesgos serán mayores. Y mientras los pájaros no sean cazados no podremos ofrecerle una protección demasiado descarada. Sospecharían enseguida. ¿Lo comprende, verdad?

Virgil asintió resignadamente.

Luego siguió pensando en los dos enmascarados. ¿Por qué había algo familiar, por lo menos, en uno de ellos? ¿Quién era?

* * *

Por lógica, los asaltantes del Banco de Cheney, y quienes, en consecuencia, acababan de largarse del domicilio de Virgil, darían por descontado que este no iba a avisar a la policía, puesto que tampoco podía justificar la procedencia del dinero.

De todos modos, uno de ellos se apeó del coche en que habían huido. Era relativamente joven. Virgil no le habría reconocido en absoluto porque jamás le había visto, y si se había cruzado con él en los estudios es posible que no lo recordara. ¡Eran tantos los extras!

Al otro sí. Al otro tenía que reconocerle...

Fue ese quien dio la orden.

—Pregunta qué hacemos.

Habían detenido el coche a las afueras de la ciudad. Cerca había una cabina pública.

El joven bajó del vehículo y entró en la cabina. Marcó un número y esperó.

Cuando al otro lado del hilo una voz preguntó:

—¿Quién?

—Soy yo. Wendy. Tenemos la llave. ¿Qué hacemos?

—¿Una consigna? —preguntó la voz al otro extremo.

—Sí. En la Estación Centro.

—Bien. Ve tú por el paquete. Déjalo donde sabes y ten cuidado.

—Lo tendré, jefe. ¿Algo más?

—Sí. Di a... al otro que se ponga. Tengo instrucciones para él.

—De acuerdo.

Momentos después el joven se dirigía al coche y pasaba la orden a su compañero. Este bajó y entró en la cabina.

Con el ala de sombrero hacia delante y el cuello de la gabardina subido, aunque hubiese pasado por allí el propio Virgil no le habría reconocido.

El hombre habló:

—¿Qué hay?

—He dicho a Wendy que fuese por el «paquete». Tú mantente a la expectativa. No quiero correr riesgos.

—¿No sería mejor hacer un viaje hasta Arizona?

—Después... Ahora me conviene saber si de veras ese tipo ha dicho la verdad.

—Nos costó mucho arrancarle la llave.

La voz del otro replicó:

—A mí también me cuesta creer que Sheila se confiara a Virgil. Esto no lo veo claro.

—Hemos dejado demasiado tiempo la «pasta» a la intemperie. Nos habría resultado mucho más fácil...

—Ya hemos hablado de esto. Y no es momento ni ocasión para repetirlo. Haz lo que te digo.

—De acuerdo. Iremos hacia allá ahora mismo.

—En coches distintos —puntualizó la voz.

—Sí. En coches distintos. Comprendido.

Colgaron.

El de la gabardina con el cuello subido se dirigió hacia el coche.

—Toma tú el volante, Wendy. Dirígete a la estación y aparca hasta que yo llegue. Lo haré en otro coche. Órdenes.

—De acuerdo.

El llamado Wendy se puso al volante y momentos después daba el encendido.

El otro tomó un autobús que no tardó en llegar a la parada próxima adonde se encontraba.

Bajó en el centro y se perdió por entre la barahúnda del tráfico ciudadano.

Se apostó en los alrededores de un Banco. Es el lugar donde bastante gente deja el coche unos momentos para ir a retirar fondos. Es lo que el hombre esperaba.

Llegó un coche discreto y de él se apresuró a salir un hombrecillo de aspecto atribulado. Parecía tener prisa. El hombre observó que había dejado las llaves puestas y esperó a que el hombrecillo se metiera en el establecimiento bancario.

Con rapidez el hombre del cuello subido se metió en el pequeño automóvil y lo puso en marcha.

Diez minutos más tarde, y tras dar un rodeo, llegaba a la estación.

Vio a Wendy que le esperaba al pie del otro coche y sin moverse le hizo una seña. Wendy entró en la estación dirigiéndose al departamento de la consigna automática.

El de la gabardina entró lentamente y dio una ojeada rápida al interior. Había mucha gente, como era normal. Puso especial interés en descubrir a posibles vigilantes, pero no atinó a vislumbrar a ninguno.

Wendy entretanto comenzó a buscar con la llave el apartado correspondiente.

Al fin dio con el que buscaba. Lo abrió y durante unos instantes pareció indeciso bajo la atenta mirada del hombre de la gabardina. Indudablemente su gesto fue de alegría y enseguida se dispuso a sacar del interior« algo».

«Algo» era una cartera de piel. La tomó y cerró el apartado, dejando puesta la llave.

Nadie pareció poner atención en él. Wendy lo comprobó y también el hombre de la gabardina.

Con la cartera en la mano salió de la estación y cruzó por delante de su compinche sin decir palabra. Se dirigió a su coche. El otro hizo lo mismo con el que había robado poco antes.

El joven puso en marcha el vehículo, mientras el de la gabardina, sentado al volante, esperaba unos segundos para seguirle.

Todo había salido bien. Todo...

No. Fue entonces cuando el tipo de la gabardina vio a los dos hombres que salían apresuradamente de la estación y subían a un coche que rápidamente se ponía en marcha.

«Le están siguiendo», pensó el hombre, y a su vez siguió al coche que tenía delante.

Tres kilómetros más allá tenía ya el pleno convencimiento de que su compinche era seguido, y entonces dejó la ruta que seguía para virar en dirección apuesta.

Sabía dónde se dirigía su compañero y, por lo tanto, sabía también por dónde podía atajarle.

Mientras conducía sacó de su bolsillo un treinta y ocho con silenciador y lo dejó en el asiento, al alcance de su mano.

Viró por una calle transversal y, poco después entraba en el Sunset Boulevard, la famosa avenida de Hollywood.

Metió el coche en una calle de dirección prohibida y se apeó.

Aguardó unos minutos. Tuvo suerte de que la calle era suficientemente ancha para que su coche estacionado no estorbara.

También tuvo suerte al calcular el tiempo, porque Wendy no tardó en aparecer.

Según las instrucciones, Wendy debía detener el coche allí y entrar a pie en la calle. Así lo hizo. Se alegró de ver a su compinche. Este le indicó:

—Sube.

Se metieron los dos en el coche y Wendy siguió conduciendo.

Al llegar a la siguiente esquina apareció en el otro extremo el coche que había venido siguiéndoles.

—Dobla hacia la derecha y detente un momento —ordenó el de la gabardina.

Wendy musitó:

—Creo que nos siguen.

—Si —se limitó a replicar el otro.

Wendy dobló y aminoró la marcha. El otro, sin vacilar, sacó el arma y disparó a quemarropa por dos voces. Las detonaciones quedaron abogadas por el silenciador.

Wendy abrió desmesuradamente los ojos. Quiso decir algo, pero no pudo. La muerte le había sorprendido cuando menos la esperaba.

Con endiablada rapidez, el de la gabardina tomó la cartera de mano y salió a escape.

Cuando la policía descubrió el cadáver de Wendy, el otro ya se había perdido entre la gente. Encontrarle era tarea tan ardua como buscar agua en el desierto.

CAPÍTULO XVI

—Wendy Morrow —murmuró el «mendigo», veinticuatro años, sin profesión habitual. Sus últimas actividades las desarrolló como «extra» cinematográfico. Formaba parte del equipo que filmó los exteriores en Cheney.

—No le recuerdo —replicó Virgil.

El «mendigo», que ahora vestía con absoluta normalidad, pareció fijar su atención en la marcha de la quinta carrera del hipódromo. Hablaba sin mirar para nada a Virgil, que permanecía a su lado igualmente abstraído en el desarrollo de la prueba hípica.

—Se han librado de él al darse cuenta de que le seguían —siguió el enlace.

—Eso quiere decir que ahora «ellos» ya estarán sobre aviso. Saben que les seguimos los pasos.

—A Blanding no le gustará.

—No ha sido culpa mía —protestó Virgil.

—No, por supuesto. —Y variando de tema inquirió—: ¿Ha visitado a Olga Sorenson?

—Todavía no.

—Vaya a verla esta noche. Haga una buena escena y, sobre todo, que ella sepa que va a volver usted a Cheney.

—¿Tengo que volver?

—Sí. He recibido instrucciones de Blanding.

—¿Y cuándo he de ir?

—Le avisaré en el momento oportuno. Esté preparado. Tal como están las cosas, procure no descuidarse.

—Pero el *sheriff* de Cheney...

—No se preocupe. Blanding cuidará de todo.

—Oiga... Quisiera saber si ante la policía sigo siendo un fugitivo.

—Nada ha cambiado, Corcoran.

—Pues vaya un plan. Tengo que protegerme de unos y de otros.
—Por poco tiempo. Su actuación hará que los otros precipiten el final. Ahora estarán nerviosos. Si pudiéramos oírles...

* * *

En la lujosa villa de la estrella cinematográfica tenía lugar una escena que habría aclarado muchas cosas.

El hombre de la gabardina acababa de llegar.

Se despojó de la prenda y del sombrero, que entregó a la doncella de color.

Enseguida apareció Olga.

—Tu llamada me ha sorprendido, Perry.

Sí. Era Perry Flowey. El hombre que todos suponían en Europa. Virgil no se había equivocado al suponer que uno de los que le visitaron le resultaba familiar a pesar del disfraz.

—El jefe quiere vernos. Esta noche asistiremos a una cena privada.

—¿Qué pasa?

—Virgil Corcoran trabaja para la policía.

—¿Virgil? ¡Increíble!

—Nos entregó la llave de una consigna de la estación. Dos policías estaban aguardando...

—¡Virgil trabajando para la policía! —exclamó de nuevo la bella sofisticada.

—No es seguro, claro. Pero el jefe tiene medios de enterarse. ¿Tú has vuelto a verle?

—¿A Virgil? No... Y no creo que vuelva, porque ahora él también sospechara que yo tuve que ver... —Se detuvo y, cambiando su expresión, añadió con horror—, ¡Perry! Estoy atrapada. Si Virgil trabaja para la policía, ahora sabrán que yo...

—No hay ninguna prueba, pequeña. Podrán hacer conjeturas, pero tú y yo quedamos completamente al margen.

—Tú tampoco estás muy seguro, Perry. Te creen en Europa y...

—La gente puede viajar libremente, ¿no? He regresado esta tarde. Así que, oficialmente, vuelvo a estar en los Estados Unidos.

—Pero si comprueban las listas de pasajeros de los vuelos con

Europa...

—Para hacer esto tendrían que sospechar de mí, y ten la seguridad de que ni yo ni el jefe inspiramos la menor sospecha.

—Pero yo...

—No pierdas la calma. Olga... Cuando dimos el golpe, tú estabas en pleno «rodaje». Nadie sabía que tu papel era interpretado por tu «doble». La gente estaba demasiado lejos para poder distinguirte. Las dobles logran engañar a los espectadores del cine, ¿no? —Sonrió para agregar—: En cuanto a mí, estaba tomando unos planos secundarios. Tampoco pudo verme nadie cómo me alejaba. Wendy, desgraciadamente ya no puede decir nada...

—¿Qué le ha ocurrido?

—Ha muerto —replicó lacónicamente Perry.

—Olga disimuló un estremecimiento.

—Del jefe —siguió el segundo operador— es perfectamente imposible que sospeche nadie...

—Ha habido tres muertes ya... Tengo miedo. Primero Andrew. Luego Sheila y ahora Wendy...

—Cuantos menos seamos, a más tocaremos...

—¿Y el dinero que Virgil dijo que guardaba? ¿Era verdad?

—Sólo un par de miles, pero no vamos a tocarlos. Los billetes, si es como supone el jefe, pueden tener la numeración tomada.

—No debí meterme en esto —murmuró ella, poniéndose en pie y mirando hacia el exterior donde podía verse la piscina entre el bien cuidado césped del jardín posterior.

Perry fue hacia el bar para servirse algo de beber.

—No ganas mucho con las películas. Sabes perfectamente que eres una estrella del momento. Pon los pies en el suelo. La mayor parte de tus ganancias se las lleva la propaganda y el fisco. Ese otro es dinero neto... Sin impuestos. Ochocientos mil a repartir entre tres. Casi un tercio de millón para cada uno.

Tomó de un trago la bebida que se había preparado. Olga se volvió.

—Y la policía pisándonos los talones. Creo que no debí hacer caso a mi prima cuando me habló de esto.

—Sheila era lista. Sabía lo que se hacía.

—No tan lista. Ha muerto...

—No te vayas a poner sentimental ahora. Nunca os profesasteis

demasiada simpatía. En cuanto al parentesco, a pesar de que lleváis el mismo apellido era de segundo o tercer grado. No me digas que te remuerde la conciencia.

—Digo que esto no me gusta.

—Siempre estás a tiempo de retirarte, pero si piensas en Bakerly no olvides que tu querido productor también se cansará de ti algún día.

Ella bajó la cabeza. Lo sabía. La fama quizá en algunos momentos se le había subido a la cabeza, pero en otros la hacía reflexionar. Se sabía sin aptitudes positivas para ser estrella. Era simplemente una muñeca de «sexy». La querían y la explotaban para que se exhibiera y ella lo sabía.

Perry sonrió cínicamente.

—Lo bueno de los atracos con mujeres es que despistan a la policía. Quién va a suponer que...

Se interrumpió. Habían llamado a la puerta, y los pasos de la doncella que se dirigía a abrir hizo volver a Perry.

—¿Esperas a alguien?

—No.

Hubo unos momentos de silencio hasta que la negra apareció para anunciar:

—Es el señor Virgil Corcoran. Pregunta por usted.

Olga cambió una mirada con Perry. Este hizo un gesto afirmativo.

La estrella murmuró:

—Dile que pase.

Perry se apresuró a dirigirse hacia la puerta situada junto al bar. Era un pequeño cuarto estudio que Olga apenas utilizaba. Pasó al interior y dejó la puerta entornada al mismo tiempo que dejaba el vaso y aplastaba el cigarrillo en el cenicero del mostrador del bar.

CAPÍTULO XVII

Virgil adoptó una actitud desconfiada. Estaba de nuevo en «su papel».

—¿No me esperabas, verdad? —preguntó en el umbral del salón. Ella forzó una sonrisa. Fingía la más pura inocencia.

Cada uno de ellos representaba una comedia queriendo engañar al otro, pero ninguno de los dos conocía el argumento de su contrario.

—Bueno... Me has sorprendido, pero no podré dedicarte mucho tiempo. Tengo que salir y...

—¿Con quién vas a salir? —preguntó Virgil con alguna dureza. ¿Con los hombres que mandaste a mi hotel?

—No sé qué me hablas, Virgil.

—¿De veras?

—No. Yo...

—¡Vamos, vamos! Te faltó tiempo para lanzar a tus amigos contra mí. Sólo tú sabías que yo tenía el dinero. Esto me demuestra que estás con «ellos».

—Te aseguro que estás equivocado, Virgil. Y no te consiento que me hables en este tono.

Virgil miró disimuladamente el vaso y el cigarrillo del mostrador. No había quedado completamente apagado y humeaba todavía.

Ella se dirigió al estante para servirse un combinado, utilizando otro vaso.

—«Hay alguien más», pensó Virgil, pero procuró que su descubrimiento no le traicionara.

—Tú te lo has perdido, nena, porque el paquete grande va a ser para mí. Me voy a Cheney y te aconsejo que esta vez digas a tus amigos que tomen precauciones. No me cogerán desprevenido. Yo también tengo mis amigos.

Ella le miró unos instantes sin contestar.

—¿No dices nada?

—Estás diciendo estupideces.

—Yo no... Pero tú las cometes... Aún estás a tiempo. Si tuviste algo que ver con «aquello» ten cuidado. Ya han muerto tres personas. Tú puedes ser la cuarta.

Olga sintió un escalofrío. Miró temerosa hacia el cuarto donde se había escondido Perry, pero guardó silencio.

Virgil, como si hubiese comprendido, esbozó una sonrisa.

—Te hubiese convenido más pactar conmigo. Yo sé cómo burlarles... Ya te dije que Sheila Benton me confió el escondite. Y sé más... Por ejemplo que la policía sospecha que los atracadores fueron gente que formaba parte del equipo de rodaje. Si volvéis por allí os meteréis de lleno en la ratonera.

—Sigo sin saber de qué me hablas —replicó ella nerviosamente.

—¡Peor para ti. Es todo cuanto tenía que decirte.

Hizo intención de dar la vuelta. Ella le atajó:

—A ti tampoco te conviene mucho ir a Cheney. Según me dijiste, te acusan de la muerte de...

—¡Oh, sí...! Pero del mismo modo que logré escapar, volveré sin que nadie me eche el guante. Sé cómo hacerlo. ¿Quieres que te envíe una postal?

Y sin añadir palabra se volvió para encaminarse hacia la salida.

Olga quedó clavada. Hasta que no oyó el chasquido de la puerta al cerrarse no reaccionó. Perry salió de su escondite.

—¿Has oído...? —preguntó ella.

—Eso me huele a trampa —murmuró Perry.

* * *

—Es realmente una trampa —dijo la voz del «jefe»—. No me cabe la menor duda.

Perry y Olga eran los dos únicos invitados en aquella cena privada que se celebraba en uno de los reservados del Cubanacan Club.

A nadie podía extrañarle que Olga Sorenson quisiera cenar en privado para huir de los cazadores de

autógrafos.

En cuanto al «jefe», había tomado también sus precauciones. Su disfraz aunque no pareciese tal, ocultaba, su auténtica personalidad. Por otra parte, los camareros tenían órdenes de dejar el carrito junto al biombo y alejarse, de este modo también les resultaba difícil saber quiénes compartían la mesa con la Sorenson...

La voz del «jefe» siguió:

—Pero vamos a ganar la partida a Virgil Corcoran. Yo recogeré el dinero. Sin duda esperan que vayamos, pero lo que no esperan es que sea yo...

Perry sonrió abiertamente.

El «jefe» tenía razón. ¿Quién iba a sospechar que tuviera nada que ver...?

Olga también sonrió:

—No. De ti no podrán sospechar.

—¿Podrás hacerlo sin ayuda? —objetó Perry.

—Ochocientos mil dólares es bastante dinero, pero no abulta demasiado. Iré con el coche. Pude hacerlo antes, pero preferí esperar. Dentro de una semana estaré libre de mis actuales obligaciones. Entonces empezaré una nueva vida...

—¿Y dónde...? —empezó Perry.

—En mi casa. Lo llevaré a mi casa. Es donde menos lo buscarán. Allí lo repartiremos. Tú, Perry, puedes «volver» a Europa, pero... de verdad. En cuanto a ti, Olga, sigue con el cine hasta que ya no intereses. En realidad eres la única que puedes hacer ostentación sin que sospechen de ti.

Perry descorchó una botella de champaña y llenó las tres copas:

—Por un futuro feliz.

La voz del «jefe» silabeó:

—Por ochocientos mil dólares.

CAPÍTULO XVIII

Betty, la muchacha del parecido extraordinario con Sheila, contemplaba la presa del Bulder Dam como una turista más.

Consultó su reloj y oteó la carretera que cruzaba por encima del lago Mead. Esperaba a determinado coche. No sabía cuál, pero sí al hombre que debía conducirlo.

Cruzaron algunos vehículos en ambas direcciones. Unos hacia Montana, otros entraban en Arizona. Al fin apareció el que Betty esperaba.

Lo conducía Virgil, que asomó la cabeza:

—Esto es una sorpresa. Me dijeron que alguien me esperaría aquí, pero no sabía que iba a ser usted. De veras que me alegro.

Betty con su seriedad acostumbrada avanzó hacia él:

—Si me permite, yo conduciré.

—¡Oh! Déjeme bajar un momento a estirar las piernas. Es bonito el paisaje este.

—Señor Corcoran, no estamos aquí para contemplar el paisaje.

—Usted siempre tan eficiente.

—Blanding le está esperando.

—Lo sé, lo sé...

Ella subió al auto por el lado del volante. Virgil dio la vuelta para tomar el asiento contiguo. Betty puso el motor en marcha.

—Es usted implacable. No sé por qué durante esos días la he recordado...

—¿A mí precisamente?

—¿Tanto le extraña?

Ella no contestó.

—¿Qué le pasa? Toma todo esto como algo personal. Sí, ya sé que un hermano suyo murió, que odia a los *gánsters*, a los atracadores y a toda esa gentuza, pero de vez en cuando pensará en sí misma, en lo hermosa que es la vida.

Ella siguió silenciosa.

—¿No se ríe nunca?

—Ahora no me hace gracia nada.

—¿Quiere que le cuente un chiste?

—Usted sigue tomándose todo esto como un juego.

—Bueno, he corrido mis riesgos. ¿No se lo han dicho? Creo que tengo derecho a...

—Hablemos de lo que importa. ¿Quiere?

Virgil sacudió la cabeza como si quisiera decir: «No hay nada que hacer».

—¿De qué tengo que disfrazarme? —preguntó de mala gana.

—De nada.

—¿Y qué dirá el *sheriff* Hokie?

—Nada.

—¿Por qué?

—Blanding ha dispuesto que me haga pasar por Sheila Benton.

—¿Y qué excusa ha dado? La policía vio su cadáver y...

—No se preocupe. Todo está arreglado. Nadie le molestará.

—Entonces... ¿qué tengo que hacer?

—Iremos directamente a mi casa... Bueno, a la de Sheila, claro. Es posible que Hokie le haga algunas preguntas.

—¿Cuáles?

—No lo sé...

—Pues no es mucho. No lo veo muy claro.

—Es como lo ha dispuesto Blanding.

—¿Y fue suya la idea de venir a recogerme?

—Sí, desde luego. Aparentemente usted y yo hemos estado juntos durante este tiempo.

—¡Qué lástima que no sea cierto! —exclamó él ante la mirada fulminante de Betty.

—Lo siento. No puedo rectificar... Pero dígame... ¿Cómo llegó hasta el Boulder Dam?

—Higgins me acompañó con su *jeep*.

—¡Ah! ¿Lo recuperó ya?

—Sí.

—Por cierto. En Nevada me gastaron una mala pasada. Fui tenazmente perseguido.

—Pero pudo librarse, ¿no?

—Sí. Pero esto no entraba en el programa.

Se volvió para mirarla. Ella permanecía atenta a la serpenteante carretera que cruzaba la vasta pradera. Al fondo se vislumbraban las faldas montañosas.

«¿Por qué estará siempre tan seria?», se preguntaba Virgil pensando en Betty. Ella por su parte continuaba impávida.

Al cabo de un silencio él murmuró:

—Deténgase en el primer surtidor de gasolina que encuentre. No habrá suficiente para llegar. El viaje desde California es largo.

Se detuvieron a unos pocos kilómetros. El bajó a estirar las piernas. El encargado del surtidor le miró de soslayo. Virgil no hizo el menor caso y murmuró a la joven:

—¿Tomamos un buen café?

—Tómelo usted si quiere. A mí no me apetece.

—Oiga, ¿qué le pasa conmigo?

—Nada, se lo aseguro.

Se encogió de hombros y de mala gana se dirigió al pequeño bar del surtidor.

El encargado le advirtió:

—Si quiere café sírvase usted mismo de la máquina automática.

Betty al quedar a solas preguntó al encargado:

—¿Hay un teléfono?

—Está dentro. —Y señaló el bar.

Ella bajó del coche y entró. Virgil sonrió al verla:

—Celebro que haya cambiado de opinión. No es corriente hacer un viaje juntos y tener que beber solo.

Ella fue directamente al teléfono. Antes de introducir las monedas replicó:

—Está bien. Le acompañaré. Ahora tengo que hacer una llamada.

—¿A Blanding?

—Sí.

Marcó el número y esperó. Al poco rato Virgil pudo oírla como decía:

—Sí... Todo bien. Estamos en el surtidor del kilómetro 54. ¿Qué esperé? Muy bien.

Colgó y avanzó hacia Virgil, que iba a su encuentro:

—Ha dicho que esperemos.

—¿Blanding?

—Sí.

—¿Me acepta el café?

—Si —murmuró ella.

Virgil depositó la moneda en la máquina, que soltó el vaso de papel parafinado y enseguida surgió el chorrito de café. De otro departamento salió el terrón de azúcar y la cucharilla de madera.

—No es precisamente el mejor café que he tomado pero reconforta.

Ella inició una débil sonrisa.

—¡Vaya! —exclamó Virgil—. Es la primera vez que la veo cambiar de expresión.

—No sé lo que piensa de mí, señor Corcoran. Es posible que se lleve un mal concepto. Yo... Yo no quisiera parecerle una mujer antipática, pero hay cosas... Una no siempre puede hacer lo que quiere.

—¿Tiene problemas?

—Supongo que no.

—¿Qué le pasa, Betty?

—Nada —replicó ella, volviendo la cabeza.

El avanzó sus manos con intención de volverle el rostro.

—Por favor —pidió la joven.

—Betty...

—Usted ve en mí a Sheila Benton.

—Me parece que usted es muy distinta que Sheila.

—Pero la quería.

—Pensé que la quería. Cuando supe cómo era realmente...

—Sí, comprendo...

—¿De veras me comprende?

—Yo también he tenido desengaños. Primero mi hermano muerto a balazos por unos desalmados.

—Sí. Lo imagino. ¿No tenía usted a nadie más?

—No. No lo tenía. Es decir, creía tenerlo.

—¿Un hombre?

Ella asintió.

—¿Qué ocurrió?

—Era un canalla de la peor especie. Yo me confié hasta que descubrí que era peor que un asesino. Quiso explotarme Yo conocía

bien poco de la vida. Afortunadamente comprendí a tiempo y lo sentí, lo sentí porque supe que ya no podría volver a creer en nadie.

—Bueno... No todos los hombres son iguales.

—¿Comprende ahora por qué no quiero tomar afecto a nadie?

—Usted vive odiando a la humanidad y eso no es bueno Betty.

—No. No lo es, lo sé; pero es superior a mí.

Virgil le acarició cariñosamente la barbilla:

—Betty, esto terminará algún día, lo recordaremos como una aventura. Con el tiempo será un pasaje más de nuestras vidas y yo... yo quisiera verla de nuevo, pero no metida a mujer policía, sino simplemente como a una muchacha de su edad.

Ella guardó silencio. Virgil se acercó un poco más:

—Me gustas, Betty. De veras. Y no porque me recuerdes, a Sheila... Cuanto más te observo más me doy cuenta de que sois distintas.

La tomó por los hombros. Ella mostró una actitud pasiva.

—Betty, no he sido un hombre con suerte, siempre he andado solo, pero presiento que mi vida va a cambiar.

Se acercó más. Quiso besarla, pero solo consiguió rozar su mejilla. Ella se apartó suavemente:

—Todo esto es absurdo. Apenas nos conocemos. Lo nuestro ha sido un encuentro casual.

—Yo creo en las casualidades.

La sirena de un coche patrulla llegó hasta ellos. Betty se separó de Virgil y fue hacia la puerta.

—¿Blanding? —inquirió Virgil—. ¿Y con un coche patrulla?

—No. No es Blanding —murmuró ella. Virgil avanzó unos pasos. Fuera avanzaba el *sheriff* Hokie y dos de sus hombres.

Betty miró profundamente a Virgil. Pareció que iba a murmurar algo.

—¿Qué sucede? —empezó él.

—Lo siento... —susurró ella.

Hokie entró como un alud en el bar. Los dos agentes se colocaron a ambos lados de su jefe. Esgrimían sendas pistolas.

—¿Qué significa...? —empezó Virgil.

Los agentes le rodearon, mientras el *sheriff* murmuraba a Betty:

—Buen trabajo, señorita. Esta vez no escapará.

Virgil Corcoran era la estampa viva de la estupefacción.

CAPÍTULO XIX

—¡Quiero ver al juez Blanding! —exclamó Virgil.

Nadie quería escucharle. El guardián de las dos únicas celdas de Cheney le había dejado solo.

Estaba otra vez encerrado. No comprendía la actitud de Betty.

¿Por qué? ¿Por qué le había entregado?

—¿Me oyen? ¡Quiero ver al juez!

Golpeó los barrotes con una lata que encontró en el suelo. Gritó una y otra vez hasta que apareció Hokie en persona.

—¿Quiere dejar de armar este escándalo? Ya nos ha traído bastantes problemas.

—Oiga, *sheriff*, quiera hablar con el juez. Es importante.

—Lo siento. No puede ser. Y esta vez no le valdrán sus jugarretas. No escapará.

—Oiga, Hokie... No sé lo que les ha contado esa chica, pero yo...

—La señorita Benton nos ha prestado un gran servicio.

«La señorita Benton» se dijo mentalmente pensando en que la tomaban realmente por ella.

—Oiga —dijo alzando la voz—, se supone que yo maté a Sheila Benton. Puesto que está viva...

—Es usted muy listo... Claro que está viva y lo está a pesar suyo. Usted quiso matarla, pero la confundió.

—Pues... ¿A quién se supone que he matado?

—A una mujer que tenía un parecido extraordinario con ella.

—Oiga, Hokie. No me importa lo que crea, pero por última vez, déjeme hablar con el juez.

—Lo siento, Corcoran. El juez Blanding marchó hace dos días. Cuando llegue el sustituto...

—¿El sustituto...? —cortó extrañado Virgil—. ¿Quiere decir que...?

—Asuntos familiares le han obligado a pedir el traslado. ¿Satisfecho?

Y ante la estupefacción de Virgil, Hokie dio la vuelta y desapareció tras la puerta del pasillo.

Virgil sumido en un mar de confusiones murmuraba para sí:

—¡Si Blanding lleva un par de días fuera... ¿Por qué su enlace en Los Ángeles me hizo venir? ¿Y qué significa la actitud de Betty? Estoy metido en una trampa. En una trampa en toda regla...

Por más vueltas que le daba no acertaba a comprender sino que había sido juguete de... ¿De quién?

¿Del propio Blanding? ¿De Betty?

Era inútil devanarse los sesos. Le habían cazado y ahora parecía ir muy en serio de que iban a juzgarle por un crimen que no cometió.

* * *

Normah Smalley, la hermana de Sheila, detuvo el viejo automóvil frente a la oficina de Hokie.

Cruzó la puerta y pidió hablar con el *sheriff*.

Cuando estuvo en su presencia y el representante de la Ley le preguntó en qué podía servirle, ella murmuró:

—Perdone que le moleste, pero quería saber si saben algo del asesino de mi hermana.

—Tranquilícese, señorita. Afortunadamente le hemos capturado de nuevo y esta vez no escapará. Pero tengo que darle una buena noticia.

—¿De qué se trata?

—Virgil Corcoran es un asesino, pero no fue a su hermana a quién mató.

—¿Eh? ¿Quiere decir que Sheila... vive?

—Sí. Está en su casa. Puede ir a visitarla.

—Entonces... ¿Quién... quién fue la muerta?

—Todo se ha aclarado. Su hermana se ausentó una temporada sin decir nada a nadie. Fue a Los Ángeles. Entonces ocurrió que otra muchacha de un parecido extraordinario ocupó su casa. Ignoramos el por qué y posiblemente no lo sabremos nunca, pero lo cierto es

que dos personas han identificado a la muerta cuyo nombre parece ser Connie Smith, de Arizona. ¿La conoce usted?

Normah negó con la cabeza.

—En fin, estamos investigando el asunto, pero de lo que no cabe duda es que la auténtica Sheila sigue viva y de que el autor de la muerte de Connie Smith le tenemos aquí encerrado.

—Bueno... Supongo que debo alegrarme. Ya le dije que no me llevaba muy bien con Sheila, pero de veras celebro que no le haya ocurrido nada.

—¿No irá usted a verla?

—¡Claro que iré! No sé cómo me recibirá, pero me gustaría tanto poder hacer las paces con ella.

Hokie hizo un gesto como queriendo decir: «Esto es cosa suya».

—Gracias por todo, *sheriff* Hokie. Gracias.

Se puso en pie y le ofreció la mano. El *sheriff* la aceptó y se despidió de la joven, que salió del despacho en dirección a la calle.

Subió al coche poniéndolo en marcha en dirección a Flower Road.

Poco después se detenía frente a la vieja casa de madera. Salió del auto y comenzó a subir la escalera exterior.

Desde la ventana Betty la observaba. Se volvió hacia Higgins, que estaba sentado en una butaca:

—Escóndase en el cuarto.

—¿Quién viene?

—Normah.

—La hermanita de...

—Sí... Vamos, escóndase —replicó Betty, enérgicamente mientras iba en busca de su bolso.

Higgins se metió en la *habitación-dormitorio*, mientras Normah golpeaba ya la puerta.

Antes de abrir, Betty comprobó que en el bolso estaba su pequeña pistola del «22». Dejó el bolso abierto sobre una mesita y se dirigió hacia la puerta.

* * *

Entretanto en el calabozo, Virgil paseaba nerviosamente. Quería salir de allí. Aquello no formaba parte del plan.

Llegó a preguntarse si no había sido víctima de un complot

desde el primer momento.

Acaso Blanding y Higgins estaban complicados en todo aquel asunto.

¿Blanding?

¿Qué pruebas tenía de que fuera un agente especial del FBI? Ni siquiera había visto su credencial.

¿Y qué pensar de su enlace en Los Ángeles?

Se limitó a seguir sus instrucciones solo porque había dado correctamente la contraseña que propuso el propio Blanding.

«Pero si ellos y Betty incluida están de acuerdo... ¿Qué pintan Olga Sorenson y los tipos enmascarados que fueron a mi hotel?»

Por más que lo pensara no llegaba a ninguna explicación plausible.

«Tengo que salir... Tengo que salir de aquí», se repitió mentalmente.

Pero aunque lo consiguiera. ¿A quién debía acudir?

Ya no sabía en quién confiar.

Claro que si pudiera llegar a Phoenix... Hablaría con alguien de la oficina del FBI.

Pero primero era necesario escapar. ¿Pero cómo?

* * *

El encuentro de las dos hermanas fue precedido de un largo silencio, como si ninguna de las dos osara ser la primera en hablar.

Se miraron fijamente. Al fin fue Normah:

—Sheila... Seguramente te extrañará mi visita, pero...

—No. No me extraña. Seguramente leíste los periódicos y me creías muerta.

—Sí... Acabo de enterarme de que el asesino te confundió.

—Bien, pasa... No te quedes ahí.

—Es solo un instante. No quiero molestarte.

—Tú no molestas, hermana. Yo digo que lo pasado, pasado. ¿No crees?

—¿De verdad piensas así?

—¿De qué serviría discutir? Cada cual que lleve la vida que más le conviene. ¿No te parece?

La recién llegada la observó como si notara algo especial en el rostro de su «hermana».

—¿Por qué me miras así? —sonrió Betty, dándole la espalda.

—Bueno... Hacia tanto tiempo que no nos veíamos...

—No tanto... —Y Betty la miró largamente. Normah parecía encontrarse incómoda. Tuvo que apartar sus ojos de Betty.

—Me dijeron que tú misma habías entregado a Corcoran. ¿Se llama así, verdad?

—Sí. Virgil Corcoran. Me lo encontré en Los Ángeles. Creyó que veía un fantasma. Yo sabía que le andaban buscando y me las arreglé para que me acompañara —mintió Betty.

—¿Y le entregaste?

—Sí. Sé que habría intentado matarme otra vez y le gané por la mano.

—Bien. Yo... celebro todo esto, por ti.

—¿Te marchas tan pronto? ¿Sin tomar siquiera una taza de café?

Normah la miró unos instantes y dio la vuelta:

—Tengo que regresar. Gracias de todos modos. Quizá... Quizá volvamos a vernos algún día. Adiós, Sheila.

Betty la acompañó hasta la puerta. Luego la vio descender por la escalera del exterior y dirigirse de nuevo hacia el coche.

Higgins salió de la alcoba.

—¿Has oído? —preguntó Betty.

—Todo —replicó el viejo.

—¿Crees que ha creído...?

—Parece que sí, aunque debe de haber sido una prueba muy dura para ti.

—Tenía un poco de miedo, la verdad.

El coche de Normah se alejaba. Ambos le miraban a través de la ventana.

—Las dos hermanas, según sabemos, no se llevaban muy bien. La actitud de Normah parecía lógica —musitó Higgins.

—Es posible. De todos modos, mejor que no vuelva.

Y Betty cerró el bolso en el que guardaba su pistola del «22».

CAPÍTULO XX

Normah Smalley regresó a la oficina del *sheriff*.

—¿Ha visto ya a su hermana? —preguntó Hokie.

—Sí. Sí, señor.

—Bien... ¿Puedo hacer algo por usted?

—Me gustaría volver a ver a... al preso.

—¿A Corcoran?

—Sí.

Hokie vaciló un instante:

—¿Para qué?

—Quiero saber qué motivo tenía para querer matar a Sheila.

—¿Y espera que se lo diga?

—No lo sé...

—Perderá su tiempo.

—¿Me permite?

Hokie se encogió de hombros y accedió.

—Déjeme hablar a solas, por favor.

El *sheriff* asintió.

Normah fue conducida hasta el calabozo donde seguía encerrado el joven. El guardián se alejó y ella esperó a hablar hasta tener la certeza de estar sola.

—¿Me reconoce, verdad? —empezó Normah.

—Sí, desde luego. ¿Qué es lo que quiere?

—Sé que usted no mató a Sheila. Acabo de verla.

—Las cosas no cambian para mí. Ya ve que sigo estando acusado.

—Señor Corcoran... ¿De veras mató usted a otra persona creyendo que era mi hermana?

—Ya le dije la otra vez que yo no había matado a nadie. —Sentía deseos de añadir a gritos: «¡Estúpida, no es tu hermana la que has visto, sino una impostora!». Pensó que de nada serviría y se

limitó a añadir—: ¿Qué es lo que quiere?

—Saber la verdad.

Virgil arqueó las cejas:

—¿Qué verdad? Yo no maté a nadie. ¿Quién la envía? ¿El *sheriff*?

—Yo puedo ayudarle, señor Corcoran, pero a cambio quiero saber la verdad. ¿Me comprende usted?

—No —musitó él.

—La mujer que acabo de ver... no es mi hermana. No me pregunte por qué lo he descubierto. El parecido es idéntico, pero no es mi hermana, estoy segura.

—¿Por qué no se lo dice al *sheriff*?

—No creo que esto resuelva nada. Usted se ha negado a hablar... Insiste en su inocencia y yo estoy dispuesta a creerle.

—¿Habla en serio? —inquirió él interesado.

—Sí, señor Corcoran. Quiero descubrir quién mató a Sheila y por qué la están suplantando. Esto es algo que ni el *sheriff* ni la policía me dirían. Usted puede ayudarme. Tengo algunos ahorros y... puedo pagarle.

—¿Por qué supone que puedo aceptar?

—Ya se lo he dicho, porque creo en su inocencia y a usted le interesa poder demostrarla. Aseguré que aquella noche la había visto con vida y que había un hombre en su casa, lo leí en los periódicos. Sé que Sheila no llevaba muy buena vida, estaba en apuros, pero nunca acudió a mí... Quiero saber quién la mató y por qué.

—¿Y cómo piensa ayudarme? Si pudiera salir de aquí...

—¿Tiene usted amigos?

—Creía tenerlos.

—Y cuando se encontró con esa chica que se hace pasar por mi hermana, ¿no vio nada extraño? ¿Creyó que era ella?

—Pues sí... Es decir, me gustaría que supiera toda la historia...

—¿Qué historia?

—Usted consiga sacarme.

—Cuando llegue el nuevo juez le pondrán una fianza. Yo tengo algunos ahorros.

—Quizá será demasiado tarde.

—¿Tarde para qué?

—Lo siento... No puedo decírselo. En cambio puede hacer algo y hacerlo enseguida.

—Oiga lo que es.

—Llame a Phoenix a la Oficina del FBI. Necesito hablar urgentemente con un agente federal. Que venga inmediatamente sin darse a conocer. Por favor, no haga preguntas. Es muy urgente.

—¿Es usted... policía? —preguntó la joven.

—No. No lo soy. Y ya le he dicho que no haga preguntas. Llame ahora mismo. Procure que nadie la oiga, pero tráigame a ese agente.

—Está bien, haré lo que usted dice —replicó Normah.

Se alejó de la celda, poco después desapareció tras la puerta, mientras Virgil pensó que quizá en aquella muchacha había encontrado el modo de salir de allí.

Explicaría toda la historia al agente federal. Ahora más que nunca sentía como un deber esclarecer los hechos y desenmascarar al jefe de la banda de malhechores.

¿Sería el propio Blanding?

¿O acaso el silencioso Higgins?

¿Pertenería Betty a la banda?

CAPÍTULO XXI

Normah subió al coche y se alejó.

No había marcado ningún número de teléfono. Y mientras conducía ya por las afueras en su rostro se dibujó una extraña sonrisa.

Su vehículo rodaba por la carretera que se dirigía hacia las estribaciones del Gran Cañón.

Se detuvo cerca de donde meses antes se habían rodado las secuencias de la película.

Salió del auto y se entretuvo en una especie de mirador donde era posible presenciar parcialmente la magnitud de aquella obra de la naturaleza. Las rocas, multicolores tenían un aspecto impresionante, irreal. «Había que estar allí». Sí, había que verlo con los propios ojos para gozar de aquella maravilla.

Un camión cargado de materiales sin duda en ruta hacia la zona minera cruzó por la carretera. Normah espero a que el vehículo doblara la curva para dejar de mirar y caminar hasta el extremo de la pequeña barandilla de piedra. De allí arrancaba un sendero cuyo fondo se perdía, entre las rocas.

Anduvo hasta un centenar de metros siempre bajando. Se detuvo. Miró hacia lo alto. Todo estaba en perfecto orden. Sonrió de nuevo y se volvió hacia una especie de gruta natural formada por las mismas rocas.

Era un pequeño recinto de unos dos metros de profundidad por unos sesenta centímetros de ancho.

Se introdujo en el interior y llegó hasta el fondo.

De su bolso extrajo una linterna, que encendió. Buscó por el suelo tanteando con la mano libre y encontró una piedra que se movía. La levantó con algún esfuerzo y debajo quedó una cavidad.

La luz de la lámpara iluminó dos grandes carteras de piel.

Las sacó una a una.

Del bolso extrajo dos llavecitas. Con una de ellas abrió una de las carteras.

¡Estaba llena de billetes de Banco!

Sonrió más ampliamente y musitó para sí:

—Lo siento, Virgil Corcoran... Trabajabas para el FBI. Tú mismo lo has confesado... De nada han servido las tretas de los federales para descubrirme. De nada absolutamente.

Cargó con ambas carteras y salió de la cueva.

Poco después las colocaba en la maleta del coche, cubriéndolas con una manta de viaje a la que colocó encima una lata de aceite.

Enseguida puso en marcha el coche.

La misión estaba cumplida.

* * *

Tuvo que detener su marcha al ver atravesado el camión en la carretera. Por un momento le pareció que era el mismo que había visto antes.

Tuvo un presentimiento y sin vacilar dio la vuelta, metiéndose en el arcén y virando bruscamente.

Vio que no se había equivocado. La maniobra no gustó a los que vigilaban metidos en la caja del camión.

Uno de ellos era Blanding.

—Hay que seguirla —exclamó el juez.

Higgins saltó para entrar en la cabina y poner en marcha el camión.

Normah al verse perseguida aceleró la marcha. Más allá había un cruce secundario que regresaba al pueblo. Tuvo una idea.

* * *

—Su vehículo, más ligero, consiguió cobrar bastante ventaja al de sus seguidores.

Cuando llegó a Cheney, sin perder un segundo se dirigió a la casa de Betty. Dejó el auto aparcado en la parte trasera y subió precipitadamente la escalera.

Llamó. Evidentemente Betty no la esperaba.

Se sorprendió al verla y no presagió nada bueno, pero tenía el bolso demasiado lejos de su alcance. El bolso y el arma. En cambio Normah la encañonaba con un revólver del «38». Un arma muy poco femenina, pero terriblemente eficaz.

—Vamos. Sígueme y no hagas tonterías.

Betty no podía negarse. Normah estaba jugando fuerte y no cedería ni vacilaría en disparar.

Bajaron la escalera y Normah la hizo seguir hasta el coche.

—Ahora tus amigos no se atreverán a acercarse, si es que en algo aprecian tu vida.

Levantó el arma y la descargó en la nuca de Betty.

Con agilidad y fuerza metió el cuerpo inanimado de Betty en la trasera del vehículo en el momento que se acercaba el camión conducido por Higgins y del que saltaba Blanding.

Normah todavía con el revólver en la mano gritó advirtiéndolo:

—No intenten acercarse. Me llevo a su camarada. Si me acorralan dispararé.

No era la primera vez que un delincuente se llevaba un rehén, la historia del crimen tenía archivados muchos casos parecidos, pero en ninguno la protagonista había, sido una mujer. Una, mujer que consiguió tener en jaque al FBI y que hasta el final demostraba una astucia y un valor dignos de mejor causa.

* * *

Blanding ya no ocultaba su personalidad:

—Avisen a las patrullas, que dejen paso libre al coche, pero que no pierdan contacto. Una mujer está en peligro.

El *sheriff* Hokie arqueó las cejas:

—¡Del FBI! ¿Por qué no me lo dijo antes...?

—Era, un asunto del máximo secreto. Desgraciadamente las cosas se han complicado y se terminó el secreto, pero la vida de Betty es muy importante. Esta muchacha se prestó a colaborar, igual que Virgil Corcoran.

—¿Qué hacemos con él?

—Ya puede sacarlo.

Las órdenes fueron cursadas. Quince minutos más tarde, un helicóptero estaba a disposición de Blanding.

Virgil quiso acompañarle a toda costa.

Higgins se quedó en tierra, aunque valeroso, era ya viejo para la acción trepidante que precisaba la operación.

Por otra parte, Virgil temía por Betty.

—No comprendo por qué me hicieron encerrar —murmuró de mal talante mientras el piloto elevaba el aparato por los aires.

Blanding aclaró:

—Amigo mío, la última noche que permaneció usted en Los Ángeles, vigilamos estrechamente a Olga Sorenson, así pudimos averiguar con quién y dónde se reunía aquella noche. Sus acompañantes eran Perry y una muchacha rubia que, ocultaba su rostro con esos despeinados modernos. Sólo tuvimos que seguirla hasta el aeropuerto. Allí entró en una «toilette» y estuvo a punto de despistarnos porque cuando salió ya no llevaba el pelo rubio. Se había quitado la que no era más que una peluca y se había cambiado de vestido. En resumen: Era Normah Smalley, tal y como es ahora. Rápidamente intentamos localizar alguna de sus huellas dactilares. En el reservado del Cubanacan Club conseguimos algunas. En la silla. Eran las huellas que estábamos buscando. Ya no cabía duda de que era ella.

Hizo una pausa sin dejar de otear el paisaje, que podía verse desde la acristalada carlinga. Luego prosiguió:

—Al fin habíamos dado con ella, pero necesitábamos saber el escondrijo del dinero y después hacerla confiar.

—Comprendo...

—Si ella sospechaba que usted trabajaba para nosotros no se habría fiado de verle libre y por esto decidí que le encerraran.

—De acuerdo, pero... ¿Por qué vino Normah a representar la comedia de que quería ayudarme?

—Lo que vino a hacer en realidad es sonsacarle.

—¿Cómo iba a suponer...? No le dije nada, pero le pedí que avisara a un federal.

—Para ella era suficiente. Con usted encerrado se sentía más segura.

—Pero sospechaba de Betty.

—Una mujer le asustaba mucho menos. Además, se creía segura y lo hubiera estado de no haber vigilado aquella noche a la Sorenson.

—¿La han detenido?

—Tanto a ella como a Perry. Ahora solo nos falta Normah.

Virgil desvió la atención. La rapidez del helicóptero había alcanzado ya el vehículo de la fugitiva y su rehén.

—¿Es aquel? —preguntó.

—Sí. El mismo —replicó Blanding, y añadió al piloto—: No se acerque demasiado.

El coche cruzaba por la carretera 89 cerca del Oak Creek Canyon. Era una zona áspera, de aspecto salvaje.

—Debería acercarse —pidió Virgil.

—Demasiado peligroso —objetó el policía.

—Déjeme saltar sobre el coche, Blanding. Mientras conduce, no podrá hacer ningún daño a Betty.

—No, Virgil. No quiero correr riesgos.

—Cuanto antes salvemos a Betty mejor. Esa mujer no tiene escrúpulos. Si fue capaz de matar a su propia hermana...

—Esto no lo sabemos, pero sí puedo decirle que no era realmente hermana de Sheila.

—¿Eh?

—Cierto que Sheila tenía una hermana, pero murió hace tiempo.

—Entonces... ¿Eran solo amigas?

—Sí. Ambas pertenecían a la misma calaña. Trabajaron juntas en lugares de mala nota. Es lo que hemos podido averiguar. Cuando detengamos a Normah, sabremos a quién se le ocurrió lo del robo.

Ahora la carretera se alejaba ya del cañón adentrándose en la zona desértica, en dirección sur.

Blanding dio algunas órdenes a través de la radio.

—Después de la zona árida entraremos en el cruce de la carretera sesenta. Puede que intente dar un rodeo. No bloqueen ninguna carretera. Sigán siempre mis instrucciones. Corto.

Normah tomó la ruta sesenta, en dirección al Parque Nacional del bosque petrificado. Más allá estaba el antiguo territorio de los indios navajos.

Durante unos instantes desde el helicóptero perdieron la visión

del auto que zigzagueaba la carretera, ahora montañosa y cubierta de zonas de bosque.

En los montes unos árboles cortados dieron una idea a Virgil:

—Cortémosle el paso. Tardará aún en subir. Puede ser una buena ocasión.

Aquella vez Blanding accedió.

CAPÍTULO XXII

Con la colaboración del piloto, Blanding y Virgil colocaron el tronco atravesado en la carretera.

El helicóptero estaba oculto ante la frondosidad del bosque. Sólo faltaba esperar.

Los tres hombres también permanecían ocultos. El auto de la fugitiva no podía tardar.

Los segundos pasaban lentos. El momento estaba próximo.

Un minuto, dos...

—Es extraño. Debería estar aquí —murmuró Virgil.

La explicación no estaba al alcance de los dos hombres porque no sabían lo que había ocurrido por el camino...

* * *

Normah, desde que se vio perseguida había pedido ayuda. Ayuda a la única persona cuya identidad ignoraban todos.

Y desde Phoenix había partido aquella ayuda.

Fue el helicóptero que cruzó cerca de ellos poco después.

Virgil sospechó algo extraño y ordenó al piloto que volvieran a remontar el vuelo.

Una vez por los aires vieron el coche de Normah detenido en una curva. Se acercaron lo suficiente para comprobar que estaba vacío.

—¡Ese helicóptero! —exclamó el policía.

Les llevaba demasiada ventaja y aunque consiguieran acercarse no podían disparar por temor a herir a Betty.

Poco después el helicóptero fugitivo había tomado tierra en Phoenix.

Un coche les estaba esperando.

Un hombre que llevaba casi a rastras a una mujer y Normah corrían hacia el vehículo.

—¡Acérquese! —exclamó Virgil.

El auto arrancaba. Virgil se preparaba para saltar.

—¡No, Corcoran! —exclamó el policía.

El helicóptero volaba ya sobre el coche fugitivo. La altura no era mucha. Virgil abrió la puerta y tomó impulso.

Blanding no pudo evitar que saltara. Virgil cayó sobre el techo del auto, produciendo un golpe seco.

Normah desde el volante murmuró:

—Es Virgil Corcoran.

El hombre que iba a su lado murmuró:

—Lo sé. Acabaremos con él.

Virgil asomó la cabeza por la ventanilla. Veía todo cabeza abajo, pero pudo descubrir al compañero de Normah.

Harry Stonne. ¡El guionista! Un cómplice que no esperaba encontrar y que ahora armado de una pistola iba a disparar contra él.

Virgil se apartó a tiempo y en el momento en que Harry sacaba la mano con el arma, él la agarró tratando de retorcérsela. Podía aguantar perfectamente el equilibrio. Lo había hecho en sus tiempos de «extra».

El forcejeo le fue favorable. El arma, cayó, Virgil tiró fuerte y Harry sin querer hizo un falso movimiento, se abrió la portezuela del coche y cayó rodando por la carretera.

Betty, que desde que se había recuperado del golpe recibido había seguido su situación en actitud pasiva, sin medir el peligro se abalanzó hacia Normah, que ante el insospechado ataque perdió el control del volante. Intentó aderezar el coche. Durante unos momentos, luchó por liberarse de su agresora.

Al fin viendo que iba a estrellarse aminoró la marcha.

Betty consiguió sujetarle los brazos y el auto sin rumbo zigzagueó unos metros hasta quedar empotrado fuera de la carretera sobre un montón de grava.

Virgil saltó, sacando a Betty del auto. Normah, medio atontada, intentó salir a su vez.

Blanding descendía ya del helicóptero revólver en mano.

Normah ya no opuso la menor resistencia.

Entretanto Betty y Virgil se abrazaban.

—Ahora sí que he pasado miedo —murmuró ella.

—Estamos en paz... Tú me hiciste dudar antes.

—Lo sé. Cumplía órdenes. Quería decírtelo, pero Blanding me lo prohibió...

El del FBI respondió:

—Era el único modo de que desconfiara de nosotros y así era más fácil que se confiara en Normah. Ella no habría dado ningún paso de saber que Virgil andaba detrás.

Virgil y Betty comenzaban ya a olvidar su mutua angustia.

EPILOGO

—Sí —musitó Virgil—. Se ha confesado autora de la muerte de Sheila Benton. Entre las dos planearon el golpe. Normah lo propuso a Harry, que era su «amigo», pero éste prefirió que fueran otros, como Andrew Jacobs, Wendy y Perry, además de la propia Olga, Sheila y ella misma, Normah.

—Tres hombres y tres mujeres —exclamó Betty.

—En realidad fueron ellas las que escondieron el dinero, mientras ellos volvían a sus puestos. Pero ninguno sabía que Normah tenía un doble plan... que era el de ir eliminando a todos para repartir únicamente con Harry.

—¿Por qué no acabó con Perry y con Olga?

—Porque aún no sabía si los iba a necesitar, pero una vez segura les habría quitado de en medio.

—Es increíble que una mujer pueda...

—La maldad no es patrimonio de los hombres —sonrió él, acercándose más a Betty.

Durante unos instantes se miraron a los ojos.

En aquel rincón del parque, en Los Ángeles, el mundo parecía hecho únicamente para los dos.

—Me basta con saber que tú no eres espía, ni te gusta ir por ahí matando a la gente ni asaltando Bancos —sonrió él.

—Ahora que lo has nombrado... ¿Era en realidad una espía?

—Oficialmente se sabe que intervino en dos casos, aunque sobre este aspecto nuestro amigo Blanding se mostrara más reservado.

Ella tras un silencio murmuró:

—¿Es verdad que te ha ofrecido un puesto en el departamento?

—Sí, nena, pero no sé... Parece que desde que mi nombre ha aparecido en los periódicos empiezan las oportunidades. Tengo dos propuestas para hacer de protagonista en sendas películas, luego mis relatos para la televisión empiezan a tener éxito... ¡Siempre

ocurre lo mismo! O no salen las cosas o todo surge a la vez, pero de momento no quiero pensar en nada.

La miró profundamente. Sus labios buscaron los de la muchacha.

Después del largo beso ella musitó:

—Nunca pensé que pudiera volver a interesarme ningún otro hombre.

Era todo lo que Virgil Corcoran deseaba oír.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España